R·L·STINE

Pesadillas

La otra sonrisa de la muerte



¡Todo lo ve mal, todo negativo!

Dinosaurio. Éste es el mote con el que Greg llama a su profesor de lengua, un terrible gruñón que acaba de suspenderle la prueba oral. No ha querido creerse el relato de Greg acerca de la cámara que el chico encontró el verano anterior, de las fotos que sacó y de las terribles cosas que ocurrían.

¡Pobre Greg! Sólo quería demostrarle al viejo *Dinosaurio* que no mentía. Pero ahora que ha encontrado la cámara empiezan a suceder cosas muy raras. Muy raras. Igual que la primera vez…



R. L. Stine

La otra sonrisa de la muerte

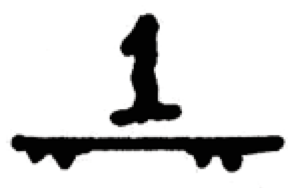
Pesadillas - 42

ePUB r1.1
nalasss 19.07.2013

Título original: *Goosebumps #44: Say Cheese and Die-Again!*
R. L. Stine, 1996.
Traducción: Mª José Galilea
Diseño portada: Estudio EDICIONES B

Editor digital: nalasss
ePub base r1.0





—¡Greg Banks!

Un escalofrío me recorrió la espalda al oír que el señor Saur me llamaba.

Estaba encogido en una silla de la última fila, escondido tras el chico de la fila de delante, Brian Webb, que era corpulento como un gorila.

Junté las manos y recé para que el señor Saur no me pidiera hacer la exposición oral, que consiste en contar una historia que te haya ocurrido de verdad.

—¡Greg Banks! —espetó.

Me invadió otro escalofrío y las piernas me fallaron cuando me levanté de la silla; se me hizo un nudo en la garganta y apenas podía respirar: no me gusta nada eso de tener que hablar delante de toda la clase.

Sobre todo si no he tenido mucho tiempo para preparar lo que debo decir. Sobre todo si no me dejan tener apuntes para consultar. Sobre todo cuando la nota con que califican la exposición oral constituye el cincuenta por ciento de la puntuación global de lengua.

Carraspeé y me encaminé hacia la pizarra; en ese momento Donny Greene alargó el pie calzado con una enorme zapatilla de deporte, con intención de ponerme la zancadilla.

Tropecé pero no me caí. Sin embargo, toda la clase estalló en una gran risotada.

—¿Tienes que hacer tropezar a todo el mundo que pase por tu

lado, Donny? —inquirió el señor Saur con una mirada de pocos amigos.

—Sí —contestó Donny con gran descaro.

Una vez más, la clase se echó a reír. Con las bromas de Donny todo el mundo se muere de risa menos el señor Saur.

El señor Saur no encuentra divertido a nadie, por eso le llamamos Saur *el Dinosaurio*. Supongo que esto tampoco le haría reír.

El señor Saur es alto y delgado, casi calvo. No hace nunca bromas y tampoco sonríe, siempre tiene la boca fruncida, como si acabara de morder un limón.

Saur *el Dinosaurio*.

En el instituto de Pitts Landing es toda una leyenda. Nadie lo quiere tener como profesor. Mis mejores amigos —Michael, Flamy y Shari— tuvieron suerte porque los pusieron en la clase de la señorita Folsom; yo fui el único al que le tocó la clase del Dinosaurio.

Me puse de pie delante de la mesa del profesor y carraspeé de nuevo. Me preguntaba si mis compañeros se daban cuenta de que me temblaban las rodillas. Me ardía la cara de vergüenza y tenía las manos frías como témpanos.

¿Todo el mundo se pone así de nervioso cuando tiene que hablar delante de toda la clase?

El señor Saur juntó las manos pálidas y huesudas sobre la mesa e hizo crujir los nudillos.

—Bien Greg, ahora escuchemos tu relato —dijo el profesor.

Me aclaré la garganta por enésima vez y respiré hondo. Acto seguido comencé a contar lo que nos había sucedido el verano pasado a mis amigos y a mí…

—Un día paseaba por ahí con mis amigos Flamy, Michael y Shari. No sabíamos qué hacer y nos aburríamos como ostras, hasta que se nos ocurrió algo muy emocionante: adentrarnos en la casa de los Coffman.

El señor Saur levantó la mano para interrumpirme y frunció el ceño.

—¿Qué pasa con esa casa? —inquirió.

—¡Es una casa encantada! —le gritó Donny Greene.

—¡Es donde vive Donny! —farfulló Brian Webb en voz alta para que se le oyera bien.

Todos se echaron a reír.

El señor Saur, con la cara avinagrada de siempre, levantó las manos para imponer silencio.

—Es una vieja casa abandonada que hay en mi barrio —dije—. Entramos en ella y bajamos al sótano. Allí encontramos una cámara de fotos que parecía muy vieja. Así que de eso trata mi relato porque resulta que la máquina que encontramos tiene poderes malignos.

El señor Saur refunfuñó algo y entrecerró los ojos; algunos de mis compañeros se rieron. Yo continué con el relato.

—Era una máquina fotográfica instantánea, de las que sacas la foto y ya te sale revelada. Aunque resultó que en la foto nunca salía lo que fotografiábamos. La imagen revelada mostraba siempre cosas horribles.

»Me llevé la cámara a casa y saqué una foto a la camioneta nueva de mi padre. En la instantánea que salió, la camioneta aparecía totalmente destrozada. Días más tarde, papá tuvo un accidente bastante grave con la camioneta. La foto se había hecho realidad.

Eché una mirada a la clase para ver qué les parecía la historia. Algún que otro niño se reía, otros me miraban fijamente, como preguntándose si lo que contaba era cierto.

Brian Webb intentó distraerme con sus tonterías. Se metió los dedos índices en la nariz y comenzó a escarbársela. Se cree muy gracioso pero para mí más bien es un poco cochino.

—Le saqué una foto a mi amigo Flamy Arthur un día que jugaba en la liga de béisbol infantil —proseguí—. Flamy sonreía mientras posaba, pero en la foto salió tirado en el suelo, inconsciente.

»A1 cabo de unos minutos, un jugador bateó una pelota que fue a dar de lleno en la cabeza de Flamy. Con el golpe, Flamy perdió el conocimiento y se desplomó en el suelo. Había sucedido justo lo que mostraba la fotografía.

Oí unas risitas nerviosas al fondo de la clase. Miré a mis compañeros: muchos de ellos parecían asombrados. Brian, por su parte, seguía escarbándose la nariz. Intenté no mirarlo; no me cabía

en la cabeza que pretendiera hacer reír a nadie con esa asquerosidad.

El señor Saur tenía los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza, redonda y calva, hundida entre las manos. Como apenas se le veía la cara no supe qué opinaba de mi historia.

—Después ocurrió algo todavía más espeluznante —continué—. Me llevé la máquina fotográfica a la fiesta de cumpleaños de Shari Walker y le saqué una foto de pie junto a un árbol. En la foto sólo salía el árbol; de ella, ni rastro. Como si mi amiga fuera transparente. En efecto, al cabo de un rato, Shari desapareció de la fiesta.

Algunos niños contuvieron la respiración. Otros simplemente se echaron a reír. El señor Saur todavía tenía la cabeza enterrada entre las manos.

—Shari volvió dos días después —proseguí—. Como estábamos demasiado asustados para tener la máquina un minuto más con nosotros, la fuimos a devolver a la casa de los Coffman; allí nos encontramos con un tipo extraño que iba vestido de negro de la cabeza a los pies: era el que había creado aquel artefacto. Nos contó que la cámara tenía un maleficio y que…

Para mi sorpresa vi cómo el señor Saur se ponía de pie.

—No hace falta que sigas —dijo bruscamente.

—¿Qué? —pregunté pensando que no le había oído bien.

El silencio se había apoderado del aula.

El señor Saur sacudió la cabeza con un gesto de desaprobación y clavó en mí sus ojos oscuros y lagrimosos.

—Greg —me dijo—, tengo que hablar contigo.

2

Sonó el timbre del mediodía.

—Ya es la hora —anunció el señor Saur—. Mañana seguimos con vuestros relatos.

Mis compañeros se levantaron arrastrando ruidosamente las sillas y recogieron los libros y la mochila para dirigirse hacia la puerta. Los miré con envidia: ellos eran libres y yo no.

Tuve ganas de correr tras ellos, pero el señor Saur no apartaba su mirada de mí. Sus ojos severos me tenían clavado donde estaba.

Esperé hasta que la clase se quedó vacía y me volví hacia el profesor de cara avinagrada.

—¿Qué tiene que decirme? —pregunté muy tenso.

—Te he puesto un insuficiente —dijo el Dinosaurio.

—¿Qué?

—No has aprobado el ejercicio oral, Greg.

Las rodillas me fallaron y tuve que agarrarme a la repisa de la pizarra para no caer desplomado al suelo.

—Pe… pero ¿por qué? —pregunté con un nudo en la garganta.

Cruzó sus brazos huesudos sobre la camiseta amarilla que llevaba estampado un cocodrilo. Deseé que el bicho aquel cobrara vida y le lanzara una dentellada.

—No has hecho lo que yo pedía —insistió.

—Pero… pero… —dije en tono de queja mientras seguía agarrado a la repisa: las piernas me temblaban cada vez más y a duras penas me tenía en pie.

—Greg, debías contarnos algo que hubiera sucedido de verdad

—dijo con enfado—. Y lo único que se te ha ocurrido es un cuento absurdo sobre una fantástica cámara de fotos. ¡Vaya idea más tonta!

—¡Pero si todo lo que he contado es verdad! —me quejé—. Esa cámara…

Él me interrumpió agitando una mano.

—¡No digas tonterías! —repuso—. No sé cómo te atreves a contarnos algo tan estúpido; seguramente lo habrás leído en algún cómic.

—¡Señor Saur…! —me apresuré a decir al tiempo que soltaba la repisa y apretaba los puños con rabia—. Tiene que creerme: esa máquina de fotos existe, no me he inventado nada.

Respiré hondo en un esfuerzo por tranquilizarme y no gritar.

—Pregúntele a mis amigos si es verdad —añadí—. Van a la clase de la señorita Folsom; ya verá como ellos también le confirman que todo aquello ocurrió.

—Por supuesto que sí —dijo con sorna—. Seguro que tus amigos te siguen la corriente.

—¡Pero si hablo en serio! —protesté.

—Te has tomado el ejercicio oral muy a la ligera, Greg. Deberías haber hecho lo que dije. Tendré que suspenderte.

Levanté los puños y, aunque dejé escapar un fuerte gruñido, enseguida pensé: «Greg, cuidado con lo que haces, contrólate.» Sin embargo me resultaba difícil no enfurecerme ante aquel suspenso que me parecía tan injusto; además, mis vacaciones de verano dependían de él.

¡Era un asunto de vida o muerte!

—Señor Saur… no me suspenda —insistí, casi dispuesto a arrodillarme a sus pies para pedir clemencia—. ¡Va a destrozarme la vida!

Él me observaba con una mirada glacial, sin decir palabra.

—Si no me aprueba no podré ir a pasar el verano con mis primos —le expliqué—. Tengo unos primos en Yosemite, California, y mis padres me prometieron que si aprobaba la asignatura de lengua podría ir allí a pasar el verano.

No se movió ni frunció el ceño; ni siquiera parpadeó.

—Si me suspende tendré que pasarme todo el verano en Pitts Landing —exclamé.

El señor Saur movió la cabeza y desplegó una sonrisa de lo más desagradable. Sus ojos castaños, irritados, parecían echar chispas.

—Bueno, así tendrás tiempo de sobra para inventarte todos los cuentos que quieras —me contestó.

Se volvió y escribió algo en la libreta negra donde apuntaba las notas.

—Señor Saur ¡por favor! —le supliqué—, tiene que creerme. Lo que he contado es verdad, no me he inventado nada. ¡Por favor…!

Entonces levantó la mirada de su cuaderno.

—Está bien, demuéstrame que es cierto.

Me quedé boquiabierto.

—¿Qué? —exclamé estupefacto.

—Trae la máquina y demuéstrame que tu historia es cierta, que esa cámara está embrujada. Si no lo haces, tendré que suspenderte.

Lo miré fijamente, escrutando su rostro. ¿Hablaba en serio?

Me devolvió la mirada, como retándome; acto seguido me hizo un gesto con las manos para que me fuera.

—Ahora vete a comer, Greg. Quizás otra vez te tomes más en serio tu trabajo escolar.

Tomé la mochila, me la colgué al hombro y me alejé de allí desanimado y pensativo.

¿Sería capaz de adentrarme de nuevo en aquella casa vieja y escalofriante para recuperar la cámara?

No, ni pensarlo.

Aquel artefacto me parecía demasiado peligroso, terrorífico, diabólico.

Sin embargo, necesitaba una buena nota de lengua, la necesitaba con desesperación.

¿Qué hacer?

3

Fui a sentarme a la mesa de siempre, en un extremo del comedor, donde estaban mis amigos. Con un suspiro, dejé la bandeja sobre la superficie, sin fijarme demasiado, y derramé parte de la bebida.

—Greg, ¿se puede saber qué te pasa? —dijo Flamy, levantando la vista del bocadillo. Tenía las mejillas y la barbilla llenas de trocitos de ensalada y huevo duro.

—¿Y tú te comes el bocadillo o te adornas con él? —le preguntó Shari.

—¿Qué? —inquirió Flamy, sin comprender nada.

Michael infló la bolsa de papel del bocadillo y la hizo estallar entre las manos. Después, aplastó el cartón del batido de chocolate; tiene por costumbre beberse el batido de un sorbo y después aplastar el cartón. No acabamos de entender por qué. Michael es un poco raro.

Me senté, abatido, pero no tenía ganas de comer, ni siquiera miré lo que contenía la bandeja. Me limité a contemplar fijamente los azulejos de la pared, hasta que se me antojaron una superficie verde borrosa.

—¿Se puede saber qué te pasa? —repitió Flamy, que ya tenía ensalada hasta en la frente. De verdad, no sé cómo lo hace.

Flamy se llama en realidad Doug Arthur, pero se parece tanto a un flamenco que todo el mundo le llama Flamy, incluidos sus padres. Sus ojos son pequeños y castaños, y los tiene muy juntos sobre una nariz larga y aguileña. Un mechón de pelo se le encrespa

en la coronilla. Es alto, delgado y camina con un suave balanceo de arriba abajo, como un flamenco.

Michael atravesó su bocadillo con el dedo. Siempre le hace un agujero y desde ahí se lo come hacia fuera, agrandando el círculo.

—Hoy no es tu día, ¿eh, Greg? —preguntó.

—Exactamente —le dije por lo bajo. Suspiré otra vez.

Shari llevaba una camiseta azul celeste y unos téjanos desteñidos. Se echó el pelo hacia atrás; estaba muy ocupada en sacar el pimiento rojo de la porción de pizza que comía.

—Venga, Greg, suéltalo —me apremió sin alzar la vista de su tarea.

Entonces tomé aliento y les expliqué lo que me había ocurrido en la clase de lengua.

Flamy dejó caer el bocadillo sobre la mesa.

—¿El Dinosaurio no te ha creído? —exclamó, al tiempo que se daba una palmada en la frente.

Retiró la mano manchada de ensalada.

—Bueno. ¿Por qué no vamos a decirle que es cierto? —sugirió Shari.

—Tampoco os creerá a vosotros —contesté escéptico, sacudiendo la cabeza.

—Pero si todos lo vimos —protestó Michael—, sabemos que es verdad.

—Claro. Somos cuatro contra uno —añadió Flamy, mientras trataba de quitarse los trocitos de ensalada esparcidos por su camisa —, no le quedará más remedio que creernos.

—Pues no lo hará —suspiré—. Ya conocéis al Dinosaurio. Dijo que sólo me creería si le llevaba la cámara y le demostraba que está embrujada.

—¡Pero es peligroso! —gritaron al unísono Michael y Shari.

Detrás de ellos, vi a Brian y a Donny, que sonreían burlonamente. Brian y Donny son los grandullones del instituto de Pitts Landing. Les llamamos Sumo Uno y Sumo Dos, porque se parecen muchísimo a dos luchadores de sumo, aunque no hace falta decir que a nadie se le ocurriría llamarlos así a la cara: cuando Brian y Donny se enfadan con alguien, son muy capaces de sentarse encima de él y aplastarlo como a una cucaracha.

Al parecer aquellos dos me habían seguido al salir de la clase del Dinosaurio y ahora se reían de mí desde la mesa de al lado. Al ver que los miraba, hicieron como si me enfocaran con una cámara de fotos.

—Clic, clic —dijo Brian—. Tengo una cámara embrujada.

—Clic, clic —chilló Donny—. Sonríe y muérete.

Clic, che, disparaban sus cámaras imaginarias.

—Mira el pajarito —gritó Donny.

—Mira el cabeza de chorlito —exclamó Brian.

Celebraron su broma con grandes carcajadas y entrechocaron las manos en alto.

—Muy divertido, chicos —dije con cara de pocos amigos—, de verdad que lo encuentro muy divertido.

—Sois tan salados… que tendremos que ir a por agua —observó Michael, dirigiéndose a ellos.

Nadie se rió. Nadie se ríe con los chistes de Michael. No suelen ser nada graciosos. Más bien dan vergüenza ajena.

Michael es pelirrojo, siempre lleva el cabello muy corto, tiene los ojos azules y una cara muy pecosa. No está lo que se dice gordo, pero nadie se atrevería a decir que es un tipo flaco.

En fin; tal vez un día de estos nos sorprenda a todos con un chiste no demasiado malo.

De todos modos, en aquel momento yo no estaba de humor para chistes. Si no hacía algo, mi verano se iría a pique: mis tres amigos tenían previsto irse y yo no estaba dispuesto a quedarme tres meses solo en Pitts Landing, sin nada que hacer.

Si el Dinosaurio necesitaba ver la cámara para creerse la historia, se la llevaría.

Entonces Shari debió de leerme el pensamiento, porque me cogió por la muñeca y me dijo:

—Greg, no lo hagas, esa cámara es muy peligrosa.

—No pienso volver nunca más a aquella casa tan horrible —asintió Flamy—, nunca más.

—Oye, ¿y qué pasa con tu hermano? —me preguntó Michael.

—¿Qué quieres decir? —inquirí yo sin comprender.

—¿No trabaja en una tienda de fotos? —repuso.

Asentí. Mi hermano mayor, Terry, se ha empleado después de

clases en la tienda de fotografía Kramer.

—Sí, trabaja en Kramer, en el laboratorio de revelado. ¿Y qué? —contesté.

—Que igual puede tomar prestada una cámara de la tienda —prosiguió Michael—; se la muestras al Dinosaurio y dices que es la cámara embrujada.

—Sólo hay un problema —repliqué—, tengo que demostrar que la cámara tiene poderes malignos. ¿Cómo lo hago?

Michael se quedó en silencio.

—No funcionaría —suspiré yo—, no nos queda más remedio que llevarle la cámara auténtica. ¿Quién va a venir conmigo?

Nadie contestó. Flamy estaba muy ocupado en limpiarse los restos de ensalada de las uñas. Shari jugaba con un mechón de pelo, enredándoselo en el dedo. Michael contemplaba el suelo.

—Por favor, no habléis todos a la vez —rezongué. Seguían sin reaccionar.

»Quiero la cámara sólo por un día —añadí—; luego la devolvemos y nos olvidamos de ella.

Nadie dijo una palabra. Flamy escrutaba el techo con sus ojillos y silbaba distraídamente.

—Muy bien, valientes —dije con una mueca de desprecio—, iré solo.

—¡No vayas! —suplicó de nuevo Shari—. No la cojas, ni tan sólo por un día. Seguro que pasa algo horrible.

Ojalá le hubiera hecho caso.

4

El resto de la tarde lo pasé en babia. Creo recordar que hicimos un concurso de deletrear palabras, y que luego jugamos a balonvolea en el gimnasio, y que alguien me arrojó la pelota a la cabeza. Si me hice daño o tuve que dejar el juego un rato, ya no lo recuerdo.

En la clase de música, la señorita me pilló mirando por la ventana con aire ausente. Creyó que estaba un poco ido a causa del accidente con la pelota. Quería enviarme a la enfermería. Sin embargo, yo le dije que estaba bien, que no estaba herido, sino sólo algo despistado.

Lo que no le dije es que pensaba en muchas cosas: en la cámara embrujada escondida en la casa de los Coffman; en cómo me escabulliría después de la cena, pedalearía en bici colina arriba hasta la vieja casa deshabitada, me deslizaría hasta el sótano y sacaría la cámara del escondite en la pared.

«Dinosaurio, te demostraré que la cámara está embrujada, que no tienes razón, que has sido injusto —pensaba con amargura—; también voy a demostrárselo a Brian, a Donny y a todos los que se reían de lo que yo contaba. Voy a sacar un sobresaliente por mi relato, no un suspenso.»

Pensaba en todas esas cosas.

Y en Shari, Michael y Flamy.

No les reprochaba que estuvieran asustados; yo también lo estaba. Me prometí a mí mismo que tendría mucho cuidado.

Llevaría la cámara a la escuela, pero no sacaría ninguna foto.

Claro que, entonces, ¿cómo le demostraría al Dinosaurio que la cámara estaba embrujada? Decidí que sacaría una foto de la clase vacía, o del comedor o del gimnasio cuando no hubiera nadie.

También me prometí que tan pronto como el Dinosaurio me cambiara la nota por un sobresaliente dejaría la cámara otra vez en su escondite y no la volvería a sacar de ahí.

Al acabar las clases, busqué a Shari. Como vive al lado de mi casa a menudo hacemos juntos el camino de vuelta, pero aquel día no la encontré.

Crucé la calle y pateé un tapón de botella que había estado en el bordillo. Pensaba en la cámara, en mi plan.

Apenas había caminado media manzana cuando oí unas voces detrás de mí.

—¡Greg! ¡Eh, Greg!

Unas pesadas manos se posaron sobre mis hombros y me hicieron dar media vuelta.

¡Era Brian Webb!

—¡Greg! ¡Donny y yo hemos ido a la casa de los Coffman! —exclamó, sonriendo triunfalmente, sin dejar de sujetarme—. ¡Tenemos la cámara embrujada!

—¡Sonríe! —exclamó Donny.

Me enfocó con la cámara y la disparó, cegándome con el flash.

5

Solté un grito desgarrador al tiempo que cerraba los ojos para protegerme de la luz blanca del flash.

«Ahora, seguro que seré víctima de algo horrible —pensé angustiado—. Seguro que en la foto salgo sufriendo, muriéndome de dolor o quizás agonizando.»

Y luego, ¡aquella visión se convertiría en realidad!

Abrí los ojos y me encontré a Brian y Donny muertos de risa, entrechocando las manos en alto.

Entonces miré la cámara fotográfica que Donny sujetaba: era una de esas máquinas de cartón de color amarillo, de las de usar y tirar; no tenía nada que ver con la cámara maldita, nada que ver con aquel artefacto viejo de la casa de los Coffman.

—¡Me ha encantado vuestra broma, chicos! Os creéis muy graciosos, ¿no? —dije con sarcasmo. Parpadeé varias veces para que las manchas amarillas desaparecieran de mi vista.

—¡Tú sí que eres divertido! —replicó Brian—. La historia que contaste en clase nos pareció graciosísima!

—Sí, todo el mundo se moría de risa —agregó Donny.

Los miré enfadado mientras sentía cómo me latía el corazón. Sumo Uno y Sumo Dos eran tan enormes que apenas si me dejaban entrever la luz del sol.

Sabía que querían seguir burlándose de mí, reírse un poco más a mi costa, y si todo aquello acababa en pelea, mucho mejor para ellos.

Pero la verdad es que no tenía tiempo para enzarzarme en

peleas.

—A ver si mañana tenéis tantas ganas de reíros —murmuré. Luego di media vuelta y comencé a correr por la calle hacia mi casa.

Me pasé la hora de comer con la mirada fija en el plato; no probé bocado porque estaba muy nervioso: sentía un nudo enorme en el estómago.

—Pásame las patatas —farfulló Terry, mi hermano, con la boca llena de pollo.

—No son patatas, son nabos —corrigió mamá.

—Bueno, lo que sea —dijo Terry encogiéndose de hombros mientras se ponía un montón de nabos en el plato para luego engullirlos apresuradamente.

—Terry, come más despacio —ordenó papá—. Comes tan rápido que no sabes ni lo que te metes en la boca.

—¡Claro que sé lo que como! —protestó Terry—. ¡Esto es la cena!

Papá y mamá se echaron a reír.

Terry se parece muchísimo a mí: tiene el pelo rubio, los ojos verdes y una sonrisa un poco bobalicona. Casi podríamos parecer mellizos, aunque él tiene dieciséis años, cuatro más que yo.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó mamá a Terry.

Mi hermano soltó un eructo.

—Perdón —dijo, mientras se dedicaba a limpiarse los dedos de grasa de pollo—. Tengo que irme corriendo a la tienda. Hoy tenemos más trabajo que de costumbre y le prometí al señor Kramer que haría unas cuantas horas extras en el laboratorio de revelado.

—Debes de aprender mucho sobre fotografía ¿no? —preguntó papá.

—Sí, la verdad es que aprendo muchas cosas.

«¡Por Dios! —pensé—, ¡haced el favor de no hablar más de fotos!»

Sabía que de un momento a otro, cuando termináramos de comer, tendría que escabullirme para ir de nuevo a aquella vieja casa abandonada de aspecto tan espeluznante. Así que no quería oír

una sola palabra sobre cámaras fotográficas.

Terry se puso en pie de un salto y tiró la servilleta manchada de grasa encima de la mesa.

—Tengo prisa, hasta luego —dijo apresuradamente mientras se dirigía hacia la puerta a grandes zancadas.

—¿No te han puesto deberes para mañana? —gritó mamá para que él la oyera desde el recibidor.

—No —respondió desde la entrada—, en mi instituto nunca nos ponen deberes.

Mi hermano se fue por la puerta principal dando un portazo.

—¡Qué farsante! —exclamó papá mientras agitaba la cabeza.

De repente, mis padres se acordaron de que yo también estaba sentado a la mesa.

—¡Greg, pero si no has tocado el pollo! —dijo mamá al ver el plato lleno de comida.

—Es que justo después de clases me atiborré de chucherías —mentí—, y ahora no tengo mucha hambre.

—Tu madre y yo pensamos ir a casa de Alana después de comer —dijo papá.

Alana es mi tía, la hermana de mi madre.

—No se encuentra muy bien. ¿Te apetece venir con nosotros, Greg?

—Pues… no —le contesté pensativo—. Es que tengo un montón de deberes y me tendré que pasar toda la tarde aquí encerrado.

No me gusta mentir a mis padres; pero en aquel momento no podía hacer otra cosa.

—¿Qué tal te han ido los exámenes este trimestre? —preguntó mamá.

—Eso, ¿qué tal? —repitió papá, que se inclinó hacia mí con interés—. Pete y Alice han llamado esta tarde desde Yosemite para saber si este verano vas a ir para allá. Les he dicho que lo sabremos en cuanto nos lleguen las notas.

—Ejem… todo me va muy bien —respondí. Me puse a comer el pollo y los nabos para cortar aquella conversación, aunque con la comida el dolor de estómago se volvió más intenso.

«Seguro que todo me irá muy bien a partir de mañana», pensé.

Finalmente mamá y papá comenzaron a retirar la mesa.

—Tus tíos nos han dicho que no olvides llevarte la máquina de fotos —dijo papá—; parece que están en un lugar precioso.

—Seguramente Terry podría conseguirte en la tienda una cámara que esté bien —sugirió mamá.

«¡Por favor! Dejad el tema de la cámaras de una vez por todas», pensé con angustia.

—Sí, supongo que es una buena idea —dije.

Esperé hasta que papá y mamá se fueron a casa de tía Alana, y luego dejé pasar otros diez minutos para asegurarme de que no regresaran a casa de improviso por haberse dejado algo.

Me asomé a la ventana. Bajo la pálida luz de la luna el viento balanceaba las ramas de los árboles y las hacía estremecer. Era una noche ventosa y fría a pesar de la época del año. Me puse una camisa de franela de manga larga encima de la camiseta, guardé una linterna de bolsillo en los téjanos y fui al garaje a buscar la bici.

Hacía mucho viento y la atmósfera estaba cargada. Miré el cielo con la esperanza de que no se echara a llover.

Me sorprendió ver una media luna pálida entre las ramas de aspecto atormentado.

Aunque la rueda delantera de la bici estaba un poco deshinchada no creí que tuviera problemas para subir la loma hasta la casa de los Coffman, así que saqué la bici del garaje y monté en ella.

Mi casa, vista desde lejos, con todas las luces encendidas, ofrecía un aspecto muy seguro y acogedor. Por un momento tuve la tentación de volver y olvidarme del asunto de la dichosa máquina fotográfica.

Pero no pensaba cambiar de idea por nada del mundo: me moría de ganas de pasar las vacaciones con mis primos y sabía que eso sería del todo imposible si el señor Saur me suspendía.

Respiré hondo, encendí la lucecita delantera de la bici y pedaleé hasta la calle.

Había sido una gran suerte que mamá y papá se fueran. Así por lo menos me ahorraba salir de la casa a escondidas.

—Muy bien, Greg —me dije hablando solo—. Hay que mirar las

cosas por su lado bueno.

La calle estaba más oscura de lo normal. Miré hacia arriba y vi que se habían estropeado dos farolas.

El viento me daba en la cara, y los árboles a cada lado de la calle no paraban de agitarse. Tuve que esquivar una hoja de papel de periódico que revoloteaba por el suelo.

Como el camino se hizo muy cuesta arriba, tuve que cambiar de marcha. De repente, me imaginé la casa de los Coffman, vieja y decrépita, en lo alto de una loma cubierta de maleza, escondida entre robles centenarios.

Me acordé de que la casa tenía tres pisos y las paredes de tablones de color gris; el tejado era de dos aguas, rojo y muy empinado, adornado con dos esbeltas chimeneas, y en la fachada principal había una galería descubierta.

Muchos años atrás, aquélla debió de ser una casa elegante; pero hacía ya tanto tiempo que nadie vivía allí, que se había desmoronado y deteriorado hasta tener un aspecto ruinoso.

Crucé una calle e inicié un pedaleo suave y acompasado porque la pendiente del camino era muy fuerte. Aunque la oscuridad era casi total, reconocía todas las casas que iba dejando atrás.

Finalmente, llegué a una zona boscosa. Me notaba las manos heladas y el cuello agarrotado. Y es que faltaba muy poco para encontrarme ante aquella casa, la casa de los Coffman.

Bajo la luz gélida de la luna, las ramas de los árboles seguían agitándose como brazos atormentados.

Frené un poco al pasar por el bosque y luego comencé el ascenso por la colina sembrada de malezas hasta que me adentré entre los robles centenarios.

Ya quedaba muy poco para llegar a la casa, y yo estaba muerto de miedo.



La casa, para mi sorpresa, había desaparecido.

Salté de la bicicleta, la dejé caer sobre la acera, y ahogué un grito de sorpresa.

Luego parpadeé varias veces, tratando de distinguir la casa en el lugar de siempre, tras los viejos robles.

Pero seguía sin verla.

Los árboles parecían plateados a la luz de la luna. Crecían entre las malezas y ahora tan sólo protegían un montón de tablones y tejas viejas.

Habían echado abajo la casa, y no quedaba nada en pie.

Aquel panorama me dejó aturdido; no me moví de la acera y me dediqué a escrutar con gran concentración el lugar que había ocupado la casa, como si a fuerza de mirar pudiera hacer aparecer de nuevo el viejo caserón.

Al cabo de un momento, sentí una punzada dolorosa en la frente y me di una palmada con la que maté un mosquito. «Todavía no hace tanto calor para que haya mosquitos», pensé, y acto seguido me palpé la picadura y noté los dedos sucios de sangre.

Rascándome la herida, daba ya media vuelta por el camino de gravilla cuando me sorprendió la visión de un letrero con algo escrito:

VENDIDA

Así que alguien había comprado el terreno y había derribado la

casa.

Mientras pensaba me rascaba la picadura. Estaba claro que habían derribado el dichoso caserón, pero ¿habrían demolido el sótano también?

¿Qué había ocurrido con el taller del sótano? Lo recordaba con todo detalle: la mesa de trabajo en el centro y el hueco que había en la pared un poco más arriba, el pequeño escondite de la cámara fotográfica.

¿Qué habría ocurrido con el sótano?

Antes de darme cuenta, ya estaba subiendo la loma para inspeccionar aquel lugar. Sentía un fresco olor a hierba mojada mientras caminaba por el césped crecido y húmedo y contemplaba las ramas de los árboles que se estremecían con la brisa nocturna.

Di un rodeo para no pisar un montón de clavos y tornillos oxidados, y luego salté por encima de una pila de tablas podridas que habían cubierto las paredes del edificio y que al parecer habían sido arrancadas.

Un poco más allá encontré más escombros: unas puertas de madera amontonadas en una gran pila, cristales rotos desparramados por el suelo, unos marcos de ventana apoyados en una pared de tablas decrépitas, maderos resquebrajados esparcidos por todas partes, un lavamanos blanco apoyado de lado en un árbol y junto a él una bañera vieja.

Pero ¿qué había pasado con el sótano?

Me acerqué un poco más, cuando de repente noté que las piernas me pesaban mucho, de hecho todo el cuerpo me pesaba muchísimo, como si una fuerza invisible quisiera impedir que me acercara más, quisiera echarme de allí.

Me llamó la atención una sombra oscura que se extendía por el suelo tras los robles viejos y robustos; a primera vista parecía un estanque, un pequeño lago.

Sin embargo, al acercarme, descubrí que se trataba de un agujero en la tierra, un gran hoyo de forma cuadrada.

Era el sótano; sin embargo, no quedaba nada de él, era tan sólo un enorme agujero.

Me asomé al borde y me di cuenta de que mi sensación de pesadez iba en aumento; también crecía mi sentimiento de fracaso

al contemplar el fondo de aquella inmensa cavidad.

Los árboles de alrededor no dejaban pasar la luz de la luna, así que saqué del bolsillo la linterna, que encendí al instante con manos temblorosas. Dirigí el estrecho haz de luz hacia el agujero.

Allí no había nada; la luz se deslizó por la tierra y por las gruesas raíces que asomaban por un costado de la cavidad.

Recorrí con el haz de luz las cuatro paredes del enorme hoyo, pero lo único que encontré fueron infinidad de raíces enredadas por toda la superficie de tierra negra.

No quedaba nada del antiguo sótano; hasta se habían molestado en romper el cemento del suelo para llevárselo.

Entonces ¿dónde estaba la cámara?, ¿dónde diablos estaría?

¿Y si alguien la había encontrado y se la había quedado?

¿Y si los trabajadores que tiraron la casa abajo la destrozaron sin darse cuenta? ¿Estaría hecha añicos sin posibilidad de arreglo?

Moví el haz de luz de izquierda a derecha por la pared de enfrente del sótano, aunque no sabía muy bien lo que buscaba.

¿Creía en la posibilidad de encontrar la máquina de fotos en el escondite de la pared? ¿Acaso creía que podría encontrarla en algún rincón del suelo fangoso?

Por desgracia, lo único que iluminaba la linterna era tierra y raíces enmarañadas, nada más.

Apagué la linterna y la metí en el bolsillo. Luego caminé para alejarme de aquel agujero, pisando un montón de tejas desparramadas por el suelo.

De repente, una fuerte ráfaga de viento hizo crujir los árboles como si gimieran, aunque apenas me inmuté con aquel ruido estremecedor porque tenía otras preocupaciones.

«Me van a suspender», pensé con gran tristeza.

La máquina de fotos había desaparecido para siempre y yo iba a suspender la asignatura de lengua.

Mis planes para el verano se habían ido a pique. Además, había hecho el ridículo delante de toda la clase, nunca se creerían la historia que conté y se pasarían todo el día haciéndome bromitas pesadas y riéndose de mí.

Suspiré profundamente: estaba muy desanimado. Se apoderó de mí la rabia y pegué una patada a un tablón roto que encontré

cuando volvía a recoger la bici.

Di cuatro o cinco zancadas más y de pronto oí una voz estridente.

—¡Te tengo, no podrás escapar! —chilló alguien.

7

Aquella voz aguda en medio de la noche me dio un susto de muerte. Sin pensarlo dos veces, eché a correr, pero al cabo de un momento me detuve.

Di media vuelta, mientras el corazón me latía con fuerza.

Entonces vi a un chico, más o menos de mi edad. Había cogido una tabla del suelo y la mantenía en alto, de forma amenazadora.

Iba vestido con una camiseta negra y unos téjanos desteñidos agujereados en las rodillas. Tenía el pelo de color negro, muy corto, y no dejaba de mirarme con sus oscuros ojos.

—¡Papá, ya lo tengo! —gritó. El chico tenía una voz muy aguda y estridente, como la de un niño pequeño.

—¡Eh! ¡Pero qué dices! —exclamé—, ¡qué quiere decir eso de que ya me tienes!

—¡Estate quieto! —me ordenó amenazándome con la tabla que tenía en la mano. Dio un paso hacia mí, luego otro, hasta que sus ojos se clavaron en los míos.

—¡Pero si no estaba haciendo nada! —dije—. Yo… yo… sólo estaba echando un vistazo.

Se acercó un poco más y me di cuenta de que le cambiaba la expresión, la rabia desaparecía de sus ojos y entreabría la boca.

—¡Tú-tú, pero si tú no eres! —tartamudeó.

—¿Qué? ¿Cómo? —grité—. ¿Yo no soy quién?

—¡Perdona, lo siento! —exclamó mientras sacudía la cabeza—. Pensé que eras otra persona.

—Pues yo soy yo y nadie más —repliqué.

—Es que hay un chico que vive en aquella manzana —explicó mientras se rascaba la cabeza rapada— que suele venir por aquí durante la noche a robarnos.

—¿Y qué es lo que viene a robar? No es que hayan muchas cosas por aquí —inquirí mientras repasaba con la vista el terreno lleno de escombros.

El chico asintió y tiró al suelo la tabla que pretendía usar como arma y que chocó ruidosamente contra unos maderos que había cerca de mí.

—Roba madera y todo lo que encuentra. Creía que tú eras ese chico.

—¿Tus padres han comprado la casa de los Coffman? —pregunté.

Aquella noche hacía frío y soplaba un fuerte viento, pero tuve que enjugarme la frente empapada de sudor con la palma de la mano.

—Sí, hace poco que la compramos —contestó—. Papá decidió que no valía la pena arreglar la casa porque estaba en un estado lamentable, que era mejor derribarla y construir una casa nueva.

El viento arreciaba y los árboles comenzaron a crujir otra vez. Miré hacia la calle y vi que el viento hacía girar la rueda trasera de la bicicleta.

—Nos dijeron que la casa de los Coffman estaba encantada —comentó el chico—. La verdad es que me alegro de que papá haya decidido derribarla —continuó mientras pateaba una tabla del suelo—. Bueno, me llamo Jon, ¿y tú?

—Greg. Vivo ladera abajo, unas cuantas manzanas pasado el colegio.

Contemplé largo rato el lugar donde se había levantado la casa.

—Mis amigos y yo veníamos muchas veces al viejo caserón —proseguí—. Ya sabes, para pasar el rato, para divertirnos. Yo creo que de verdad estaba encantado. En serio.

Entornó los ojos, para estudiarme con la mirada.

—Y hoy, ¿qué es lo que te ha traído por aquí?

Entonces, decidí que sería mucho mejor contarle la verdad.

—Estaba buscando una cosa —dije—. Una cámara fotográfica.

Se rascó nuevamente la cabeza.

—¿Una cámara vieja?

—¡Sí! —respondí muy excitado—. Una cámara de fotos vieja que estaba escondida en el sótano. ¿La has visto?

—Sí —dijo Jon—. La desenterraron cuando derribaban el sótano.

—¡Qué bien! —exclamé sin poder controlar mi alegría—. ¿Dónde está, Jon? Quiero decir, ¿qué hicieron con ella?, ¿sabes dónde está?

Señaló por encima de mi hombro en dirección a la calle.

—Seguramente estará ahí —dijo—. No creo que se hayan llevado los escombros todavía.

Di media vuelta y divisé un gran contenedor al otro lado de la calle.

—¿Es allí donde la tiraron? —pregunté.

No esperé respuesta porque comencé a correr a toda velocidad entre las malezas hasta llegar a la calle. Me detuve en seco ante el gran contenedor de hierro: estaba lleno hasta los topes de trastos de todo tipo.

—No te importa si busco un poco por aquí ¿verdad? —pregunté a Jon alzando la voz.

El chico se encaminó hacia donde yo estaba, con paso lento y las manos metidas en los bolsillos.

—Adelante —concedió—, haz lo que te parezca. ¿Por qué te interesa tanto esa cámara de fotos vieja?

No le contesté, no podía perder tiempo en responder sus preguntas. Me agarré con las manos al borde del contenedor, aunque no logré encaramarme a él hasta el tercer intento.

De la farola del otro lado de la calle llegaba una luz amarilla y tenue, así que pude echar un vistazo a toda prisa a los escombros, lo justo para darme cuenta de que todo lo que había allí procedía del sótano.

Encontré las herramientas oxidadas del taller, una parte de una aspiradora que debía de ser muy vieja, el tambor de una lavadora, ropa vieja y unas maletas desvencijadas.

«¿La cámara estará aquí? —me dije para mis adentros—. ¿Estará realmente aquí?»

Saqué una maleta vieja y la aparté a un lado. Había pilas de

revistas viejas que también tuve que apartar para continuar la búsqueda.

«Pienso revisar cada centímetro del contenedor, hasta que la encuentre», me dije con determinación.

Tiré de un trozo de manguera rota y luego di con un montón de ropa usada. ¿Dónde estaba la cámara?, ¿dónde podría estar?

Me puse a cuatro patas y escarbé entre los escombros. Un rancio olor a polvo y a decrepitud flotaba en el aire hasta hacerse insoportable, de modo que contuve la respiración para continuar mi búsqueda.

Tenía que encontrar la máquina de fotos a toda costa, debía encontrarla.

No paré de escarbar hasta que me encontré con aquellos dos ojos que me miraban fijamente.

Dos ojos amarillentos bajo la pálida luz de la farola. Escrutándome sin parpadear desde los escombros.

«¡No estoy solo!», pensé.

Y acto seguido solté un estridente chillido de terror.



Aquellos ojos me miraban sin pestañear, fríos y amarillos.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Miré a aquellos ojos otra vez para ver si se movían, temiendo que aquel ser se abalanzara sobre mí.

—¿Qué pasa? ¿Ya has encontrado la cámara? —gritó Jon desde abajo.

—No… yo…

Acerqué una mano hacia aquellos ojos vidriosos y amarillentos, y noté un pelaje áspero. Retiré unos cuantos trastos mientras el corazón me latía a toda velocidad; entonces, sin pensarlo dos veces, cogí a aquella criatura de mirada brillante.

Sentí un cuerpo tieso y duro bajo un pelaje pinchudo de color marrón y negro: se trataba de un mapache muerto.

Desprendía un olor intenso y nauseabundo.

—¡Puaj! —exclamé con asco.

A continuación, venciendo mi repugnancia, arrojé aquel cadáver maloliente fuera del contenedor.

—¡Eh, Greg! —llamó Jon.

—He encontrado un mapache muerto —dije mientras me tapaba la nariz—, y apesta muchísimo. Yo…

Me detuve, porque vi la cámara. Había estado escondida detrás del mapache y aparecía iluminada por la luz de la farola.

Parecía que aquel artefacto tuviera un ojo brillante porque en el cristal del objetivo se reflejaba la luz.

Cogí la cámara y la saqué de entre los escombros. Entonces me

puse otra vez de pie y me asomé por el borde del contenedor para mostrar la cámara a Jon.

—¡La encontré! —exclamé con gran alegría—. ¡Aquí está, no me lo puedo creer!

—¡Qué bien! —comentó Jon sin gran entusiasmo, con el ceño fruncido.

Me colgué la cámara del cuello y me agarré a las paredes del contenedor para dar un sallo y bajar al suelo.

Los téjanos y la camisa quedaron sucísimos de polvo y grasa, pero la verdad es que no me importaba mucho porque al fin tenía la cámara, en mis manos.

—¿Qué tiene de fantástica esta cámara? —inquirió Jon mientras la observaba y le pasaba una mano por encima—. ¿Funciona?

No tenía ganas de contarle todo el asunto de la cámara de fotos. Además, sabía que no creería una palabra de lo que le dijera. Por otro lado no quería atemorizarlo y, sobre todo, quería tener la cámara en casa lo antes posible.

—Sí, claro que funciona, Jon —contesté, mientras le quitaba el polvo—. Saca unas fotos bastante buenas.

—Pero ¿por qué te interesa tanto? —inquirió Jon mientras yo seguía dedicado a limpiarla.

—Bueno… es que le prometí a alguien que se la enseñaría. En el instituto. La verdad es que la necesito para llevar a cabo una especie de trabajo que estamos haciendo.

—Me parece que debería enseñarle la cámara a mi padre —dijo Jon mientras se rascaba la cabeza y se acercaba más a mí—, quizá no esté de acuerdo con que te la lleves.

—¡Pero si la tirasteis al contenedor junto con los otros escombros! —grité.

Agarré la cámara con las dos manos, por miedo de que tratara de quitármela.

—Pero no sabíamos que funcionaba —dijo Jon con su voz aguda —. ¿Sabes si tiene valor? Tal vez sí, tal vez sea una antigüedad o algo parecido.

—Te equivocas, Jon; no tiene ningún valor —insistí—. Por favor, Jon; yo…

—Creo que será mejor que se la enseñemos a papá —dijo Jon al

tiempo que intentaba apoderarse de la cámara.

La puse fuera de su alcance, sujetándola con fuerza.

Entonces oí un clic. Un flash blanco y deslumbrante nos cogió por sorpresa.

—¡Oh, no! —chillé yo desesperado al darme cuenta que había pulsado el botón de disparo sin querer.

Y, sin querer, había sacado una foto de Jon.



—¡Oye!, ¿qué haces? —dijo Jon sorprendido.

—Ha sido… ha sido… un accidente —farfullé—. He cogido la cámara por la parte de arriba y sin querer se me ha disparado. Yo no quería, de verdad —dije en tono de disculpa.

Los dos parpadeamos varias veces, pues el resplandor del flash nos había deslumbrado.

—Es una máquina que saca las fotos reveladas, ¿verdad? —preguntó Jon—; aunque, a decir verdad, parece demasiado vieja como para ser una de ésas —prosiguió.

—Sí, ya lo sé —contesté.

Cogí la foto que salió de la ranura y la sostuve en alto aguardando que se revelara. Recé para mis adentros para que en la foto no apareciera ninguna imagen horripilante.

«Por favor, por favor, que Jon salga bien en la foto», rogué con todas mis fuerzas.

Con la mano que tenía libre, saqué la linterna del bolsillo para enfocar la imagen que aparecía poco a poco. Miré el pequeño cuadrado de papel y vi que mostraba la cara de Jon. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta, con una mueca extraña y forzada.

Antes de que pudiera hacerme una idea aproximada de lo que mostraba la imagen, Jon me quitó la foto. Se la acercó a los ojos para estudiarla con gran interés.

—¡Oye!, ¿qué le pasa a la cámara? —exclamó con sorpresa.

Yo asomé la cabeza por detrás de su hombro para poder ver la foto mejor.

—¡Oh, noooo! —gemí desesperado.

La imagen aparecía nítida y brillante. En ella figuraba Jon con los ojos cerrados y con la boca abierta, como si aullara de dolor.

Tenía una pierna levantada y con las manos se cogía el pie, porque se había clavado algo en la planta, un clavo enorme, como los que usan los carpinteros, largo como un lápiz. Le traspasaba el pie, de la planta al empeine.

—¿Se puede saber qué es esto? ¿Una cámara de broma? —dijo volviéndose hacia mí entre risas.

Se me hizo un nudo en la garganta porque sabía que aquello no era broma, que aquellas imágenes horribles siempre acababan por hacerse realidad.

¿Qué podía hacer para que Jon no se clavara aquel clavo enorme? ¿Qué haría?

Al fin decidí que tenía que prevenirlo, que lo único que podía hacer era contarle toda la verdad acerca de la máquina de fotos embrujada.

—¡Es increíble! —exclamó divertido Jon mientras observaba la foto—. El de la foto es igualito a mí; me pregunto cómo funcionará.

—No lo encuentro divertido, Jon; más bien es aterrador. Esta cámara está embrujada, tiene una maldición. Siempre pasa lo que aparece en la foto.

—¡No me digas! —rió con incredulidad.

Lo peor era que sabía que nunca me creería.

—Mira, Jon, ten cuidado ¿de acuerdo? —insistí—. La imagen de la foto no va en broma.

Se echó a reír otra vez.

Una ráfaga de viento mecía las altas malezas. Ondulantes nubes oscuras cubrían poco a poco la luna, hasta que nos envolvió una oscuridad total.

—Necesito llevarme la cámara —dije—. Sólo por un día.

—Es una cámara increíble —contestó—. No sé, sería una buena idea llevármela a casa.

—Mira, Jon, te la devuelvo mañana por la tarde —prometí—. Es que la tengo que llevar al instituto.

Hizo una mueca mientras pensaba.

—Será mejor que se lo pregunte a mi padre —dijo señalando un

montón de madera escondida entre los árboles—. Mi padre está allí, con el arquitecto, hablando de la nueva casa.

—¡No, espera! —grité.

Pero Jon se fue corriendo por la maleza, ladera arriba.

Comencé a perseguirlo, pero de repente me paré en seco porque oí un chillido sobrecogedor que se convirtió en un alarido de dolor intenso.

10

Se me cortó la respiración y avancé a trompicones entre la maleza.

Entonces vi a Jon que se agarraba un pie, con la cara desfigurada por el dolor. Aunque estaba muy oscuro pude ver que un enorme clavo le atravesaba el pie.

—¡Jon, voy a buscar a tu padre! —grité.

No necesité ir a buscarlo porque de detrás del montón de tablones aparecieron enseguida dos hombres: uno, alto y delgado; el otro, bajito y regordete. Supuse que eran el arquitecto y el padre de Jon.

—Jon, ¿te ocurre algo? —preguntó con inquietud el regordete, el padre de Jon.

Jon echó la cabeza hacia atrás y soltó otro alarido de dolor.

—¡Se ha clavado un clavo en el pie! —grité desesperado mientras me acercaba corriendo hacia ellos al tiempo que señalaba a Jon.

Los dos se precipitaron hacia él.

—¡Dios mío, Jon! —gimió su padre.

Lo cogieron por las axilas. El señor alto le agarró el pie herido para que no le tocara al suelo.

—¡Pongámoslo en mi coche! —dijo en tono apremiante—. Tengo una toalla para vendarle el pie. Está perdiendo muchísima sangre.

—¿Y si le arrancáramos el clavo? —preguntó el padre de Jon con voz trémula.

—No, es demasiado peligroso —contestó el otro hombre.

—¡No me lo saquéis, por favor! —les suplicó Jon—. ¡Me duele mucho!

—¡Si ni siquiera podemos quitarle la zapatilla! —gritó el padre de Jon.

—El hospital está muy cerca de aquí, en esa dirección —dijo el arquitecto mientras señalaba hacia un lado.

—¡Ohhh! ¡Me dueeele mucho! —gimió Jon.

Los dos hombres lo levantaron del suelo y lo llevaron con rapidez al coche que estaba aparcado enfrente del contenedor. Desde detrás de los arbustos observé cómo lo depositaban cuidadosamente en el asiento trasero. Vi también cómo se afanaban en envolverle el pie con la toalla, hasta que lograron vendárselo con zapatilla incluida.

Cerraron la puerta trasera, ocuparon los asientos de delante, y al cabo de un momento el coche desapareció ruidosamente en la oscuridad.

Me quedé parado allí en medio, entre la maleza que me rozaba los téjanos. Cuando tragué saliva me di cuenta de que tenía la boca seca como una bola de algodón.

—Pobre Jon —murmuré en voz alta.

La cámara seguía tan embrujada como siempre, y aquella noche había encontrado otra víctima.

«La culpa es mía —reflexioné con gran pesar—, fue un accidente, no pretendía disparar la cámara, pero el hecho es que la disparé. Los dos señores ni se han dignado mirarme; estaban tan preocupados con lo ocurrido que ni siquiera me han visto.»

Cuando bajé la vista me di cuenta de que todavía seguía agarrando la cámara. De repente me entraron ganas de tirarla al suelo, de saltar sobre ella una y otra vez hasta hacerla pedazos.

Entonces divisé algo brillante entre las hierbas y me agaché para recogerlo: era la foto; allí estaba Jon, agarrándose el pie, muerto de dolor.

Guardé la foto en el bolsillo de mi camisa de franela.

Decidí que a la mañana siguiente se la llevaría al señor Saur: le llevaría la foto de Jon junto con la cámara y le explicaría con todo detalle lo que le había ocurrido a Jon aquella noche.

Me dije que esa foto sería una buena prueba: me evitaría sacar más instantáneas en el instituto, porque me parecía muy peligroso.

Extremadamente peligroso.



A la mañana siguiente desayuné a toda prisa, cogí la mochila, me colgué la cámara fotográfica al cuello y salí disparado hacia la puerta.

Había planeado salir con quince minutos de antelación porque no quería encontrarme en el camino con Shari, Michael o Flamy.

Hacía muy buen día aquella mañana: el aire era fresco y agradable. Cuando vi la hilera de tulipanes en flor a un lado de la casa me di cuenta de que había llegado la primavera.

Avancé por el camino del jardín que conducía a la calle y luego caminé hacia el instituto por la acera. La máquina pesaba muchísimo, así que comencé a ajustarle la correa. De repente escuché una voz.

—¡Greg, oye, espera! —gritó Shari.

Traté de esconder aquel artefacto debajo el brazo.

Pero mi maniobra fue en vano, porque Shari ya había visto la cámara.

—¡Es increíble! —exclamó mientras corría para alcanzarme—. ¡Eres el colmo! Así que al final fuiste a la casa de los Coffman a buscarla…

—Bueno, no exactamente —repuse—. ¿Cómo es que te has levantado tan pronto, Shari?

—Es que te estaba vigilando —confesó—; tenía mucha curiosidad por saber si estabas tan loco como para ir a buscar la cámara.

—Así que me espiabas, ¿eh? ¿Por qué? —pregunté con el ceño

fruncido.

—Porque no pienso permitir que lleves al instituto esta cosa maldita —sentenció al tiempo que se paraba ante mí para bloquearme el paso.

—¿Quién te ha pedido tu opinión, Shari? —comenté con sorna —. Este es un país libre —añadí.

—Te lo digo en serio, Greg. No la vas a llevar al instituto, yo no te pienso dejar —anunció con decisión, mientras cruzaba los brazos sobre su chaleco a cuadros escoceses.

Intenté esquivarla haciendo ademán de dirigirme hacia la izquierda y escabulléndome por la derecha. Pero Shari no se movió y choqué contra ella. Luego di un paso atrás.

—Te lo digo en serio —repitió—. Haz el favor de llevarte esa cámara a casa.

—Shari, te estás pasando de la raya. Yo hago lo que me da la gana, para que lo sepas.

Entonces le cambió la expresión de la cara. Descruzó los brazos y se echó hacia atrás la oscura melena.

—¿Es que no recuerdas lo peligrosa que es la cámara? ¿Acaso has olvidado las cosas horribles que pasaron por su culpa?

Sujeté la cámara con las dos manos, la sentía muy pesada y a través de la camiseta noté que el metal de que estaba hecha estaba muy frío.

—¿No te acuerdas, Greg? —suplicó Shari—. Yo desaparecí por culpa de esta maldita máquina: me esfumé. Supongo que no querrás que ocurra otra vez ¿no? Piensa en lo culpable que te sentirías.

Repasé lo ocurrido la noche anterior y se me hizo un nudo en la garganta. Era cierto, la cámara ya había hecho daño a otra persona.

—No pienso sacar ninguna foto —dije—. Sólo quiero que el señor Saur la vea para que me cambie la nota.

—¿Y por qué crees que con sólo mostrarle la cámara te va a aprobar? —repuso Shari.

—Porque tengo también una foto —confesé mientras sacaba del bolsillo la foto de Jon y se la enseñaba.

—¡Oh, qué horror, es espeluznante! —gritó apartándola de su vista.

—Ya lo sé —asentí mientras volvía a guardar la foto en su lugar

—. Pobre chico; le fotografié sin querer y después, al cabo de un minuto, le ocurrió lo que muestra la foto.

—¡Tengo razón, entonces! ¡Acabas de darme la razón, Greg! —dijo. Entrecerró los ojos y observó la cámara.

Un coche pasó por nuestro lado con gran estruendo; estaba repleto de niños que iban a la escuela y por la ventanilla trasera asomaba la cabeza un perrito marrón que nos ladró. Eché una ojeada al reloj; si nos entreteníamos un minuto más con aquella discusión llegaríamos tarde a clase.

—Tenemos que irnos —dije. Comencé a caminar a grandes zancadas pero ella enseguida me cerró el paso.

—¡Te equivocas, Greg! No creas que voy a dejarte ir a la escuela tan fácilmente.

—Shari, déjame tranquilo —le dije con impaciencia.

—Es demasiado peligroso. Sé que hago lo que debo; sé que esa cámara te va a traer muchos problemas —insistió.

—Shari, déjame pasar.

—Primero dame la cámara.

—¡Ni pensarlo! —grité.

Y entonces Shari comenzó a tirar de la cámara con las manos hasta que me la arrancó.

Yo, a mi vez, intenté hacerme con ella.

Y con el forcejeo la cámara se disparó en la cara de Shari.

12

Shari pestañeó y soltó un grito de espanto mientras se protegía del flash con las manos.

—¡Lo siento! —dije, echándome atrás—. ¡Perdona!, de verdad que lo siento, yo no quería…

Ahora la cámara no estaba tan fría. Tomé la foto que salía por la ranura.

—¡Dámela! —exigió mi amiga—. ¡A saber lo que me va a pasar ahora por tu culpa! —De un zarpazo me arrancó la foto de la mano.

—¡Pero si ha sido un accidente; sabes perfectamente que yo no quería sacarte ninguna foto!

Mi amiga observaba el recuadro de la imagen mientras ésta se revelaba.

—¿Qué has hecho? ¿Se puede saber qué has hecho? —dijo con voz trémula mientras sujetaba la foto con el pulso tembloroso—. ¡Te dije que no trajeras la cámara! —exclamó—. Te supliqué que la dejaras en casa.

—Shari, lo siento —me disculpé de nuevo—. Puede que no te pase nada, puede que…

—Puede que desaparezca otra vez, y esta vez para siempre, Greg —dijo con voz entrecortada.

—¡No! No digas eso, ¡por lo que más quieras!

Nuestras miradas se dirigieron a la foto; tardaba muchísimo en revelarse: primero, el cuadrado comenzó a ponerse amarillo y, luego, apareció la cara de Shari.

¿Iba a aparecer llorando? ¿Gritando de dolor? Aún no se veía

nada.

Un tinte azul comenzó a aparecer en algunos lugares sobre el amarillo; ahora el rostro de Shari se perfilaba en verde.

—Sales bien —dije—, parece que estás bien.

—Espera un poco —me dijo con suavidad. Se mordió el labio inferior y observó sin pestañear los tonos rojos y azules que ahora aparecían.

La foto fue oscureciéndose y haciéndose cada vez más negra.

Entonces distinguí con gran claridad la cara de Shari. No reía ni parecía feliz, pero tampoco lloraba.

—¡Oye! —gritó Shari—. Si es un negativo.

—¿Qué? —pregunté sin entender.

—No es una foto —explicó Shari poniendo la imagen ante mis ojos—. Es el negativo de una foto, esta vez no ha salido ninguna foto.

—Quizá se ha roto la cámara —dije soltando un suspiro de alivio—. Lo importante es que estás bien, Shari. Debe de ser que la cámara no funciona.

—Puede que tengas razón —repuso.

Me pasó el negativo y me lo guardé en el bolsillo. Alcé la vista hacia ella y me di cuenta de que sonreía de un modo extraño: tenía una sonrisa diabólica.

—Shari, ¿qué te ocurre? —pregunté.

Tendría que habérmelo figurado, tendría que haberme imaginado cuáles eran sus intenciones y haber reaccionado más rápido.

El caso es que me arrebató la cámara, la enfocó hacia mí y pulsó el disparador.

—¡Oye! —dije mientras intentaba apartarme del objetivo.

Pero ya era demasiado tarde, había logrado lo que quería.

—¡Shari, pero qué haces! —grité.

—No te pasará nada; la máquina no funciona, ¿recuerdas?

Con la garganta seca, cogí la foto que surgía por la ranura. ¿Era verdad que no funcionaba? ¿Esta foto también sería un negativo? ¿O se me vería muerto de dolor con un clavo atravesándome el pie, o algo peor?

Mientras contemplaba aquel cuadrado se me ocurrían las cosas

más espantosas del mundo. Imaginaba que estiraban mi cuerpo como si fuera una cinta elástica; imaginaba que me arrancaba de un tirón una flecha clavada en el pecho; imaginaba que me aplastaba una apisonadora.

—Shari, ¿cómo has podido hacerme tamaña jugarreta? —dije con un gemido mientras contemplaba cómo la foto se oscurecía.

—Ahora estás muerto de miedo ¿no es cierto, Greg? —dijo mirándome con sus ojos oscuros y brillantes—. Confiésalo. Ahora quizás entiendas; quizás ahora te des cuenta de por qué no quiero que lleves la cámara al instituto.

Sujeté la foto con manos temblorosas mientras observaba cómo aparecían los colores.

—No es ningún negativo —dije.

Shari estaba detrás de mí, observando la foto por encima de mi hombro.

—¡Oh, nooo! —gritamos al unísono.

Shari se echó a reír; yo, en cambio, no cabía en mí de asombro.

13

—¡Es horrible! —dije con un alarido.

Me reconocí la cara pero no el cuerpo: en la foto mi cabeza aparecía encima de un globo gigantesco. Al poco me di cuenta de que ese globo gigantesco no era otra cosa que mi propio cuerpo. Por el aspecto que tenía en la foto debía de pesar unos doscientos kilos. Va en serio; era un gordo de doscientos kilos.

La visión de mi cara redonda y de mi cuerpo todavía más redondo me dejó boquiabierto: tenía una papada con por lo menos ocho pliegues, y las mejillas parecían estar repletas de aire, con un aspecto realmente fofo: una de ellas incluso me tapaba el cuello de la camiseta. La camisa estaba a punto de reventar y sólo me cubría parte del estómago, que se prolongaba en una abultada barriga.

Mi aspecto era el de un flan de lo más repugnante.

—¡Para de reír! ¡Yo no le encuentro la gracia! —dije con brusquedad.

—Pues yo lo encuentro divertidísimo —insistió al tiempo que se acercaba la foto a la cara para observarla mejor.

—¡Estás peor que Sumo Uno y Sumo Dos juntos! —dijo entre carcajadas.

Le arranqué la foto y contemplé de nuevo la carne fofa que me colgaba de las mejillas. Los ojos, en esa cara tan enorme e hinchada, parecían los de un cerdo, por lo pequeños y hundidos.

¡Y la barriga! Me colgaba por lo menos hasta las gruesas rodillas.

—¿Todavía te parece buena idea llevar la cámara fotográfica al instituto? —preguntó Shari—. ¿Seguro que no has cambiado de

parecer?

—Tengo que enseñársela al señor Saur —insistí—. Lo único que quiero es enseñarle la cámara y la foto de Jon.

—¿Y tu foto? —preguntó con sorna.

—No, eso ni pensarlo —repuse—. No quiero que la vea nadie; ni hablar —sentencié mientras me la guardaba en el bolsillo.

—¡Vamos, démonos prisa! Se nos está haciendo tarde —exclamó Shari echándole una ojeada al reloj.

Comenzó a correr por la acera y yo la seguí. Durante todo el camino al colegio fui pensando en la foto: en aquella cara fofa con la que aparecía y en el enorme cuerpo de doscientos quilos.

Me dije que no debía preocuparme, porque la cámara estaba rota y por lo tanto no había nada de qué preocuparse. Nada de nada.

Sin embargo, ¿sabéis una cosa? Estaba preocupado.

Cuando Shari y yo entramos al instituto no había casi nadie por los pasillos porque el primer timbre para avisar del comienzo de las clases ya había sonado.

Escondí la cámara en la taquilla, en el suelo, debajo del montón de cosas que guardaba allí. No teníamos clase de lengua con el señor Saur hasta última hora de la mañana, así que no quería que Brian, Donny o quien fuera se hicieran con la cámara y comenzaran a hacer el tonto con ella.

Cerré la taquilla de un portazo y le eché la llave. Después, saludé a Flamy y a Michael que se dirigían a toda prisa hacia su clase.

Tenía ganas de contarles que tenía la cámara; también tenía ganas de contarles lo que le había pasado a Jon en el pie con el clavo.

Sin embargo, decidí que lo mejor era guardar silencio. Seguro que Michael y Flamy estarían de acuerdo con Shari en que aquella cámara de fotos era un peligro público; le tenían muchísimo miedo.

Lo más probable es que tuvieran razón.

Entré en clase sigilosamente, justo cuando sonaba el último timbre. Me senté en la silla y me escurrí hacia abajo todo lo que pude con la intención de pasar desapercibido. Aún faltaba mucho para la clase del señor Saur. ¡Increíble! Era la primera vez en mi

vida que tenía prisa por que llegase la hora del señor Saur.

Una vez más, no me enteré de nada de lo que se decía en el aula. En la clase de sociales la señorita Wackman nos estuvo soltando un rollo sobre la producción de bauxita en América del Sur. Tenía ganas de levantar la mano y preguntarle qué diantre era aquello de la bauxita. Es una cosa que siempre me ha intrigado. Según creo, es un tipo de coche que se fabrica en América del Sur, aunque no estoy seguro.

Estaba tan concentrado en practicar lo que le diría al señor Saur que la voz de la profesora se fue haciendo cada vez más lejana.

«Señor Saur, ayer cometió un error imperdonable. Pero no pienso tomárselo en cuenta. Sé que es usted un hombre justo y que va a cambiarme la nota cuando vea esto», le diría.

No, me parecía demasiado formal; yo nunca sería capaz de hablar así, nunca podría soltar aquellas palabras.

Entonces, intenté pensar otra manera de decírselo.

«Señor Saur, aquí tiene la cámara embrujada. Mire, le traigo la foto que saqué a un niño que conocí. Al cabo de un minuto de haber disparado la cámara, la imagen que ve usted aquí se hizo realidad. Usted me pidió pruebas, aquí las tiene», le diría.

El segundo discurso me pareció mejor, porque iba directo al grano.

¿Me creería? No le quedaría más remedio que creerme. Las fotos no mienten.

No le quedaría más remedio que aprobarme.

Eché una ojeada al reloj de pared que había encima de la pizarra. ¿Por qué las manecillas iban tan lentas? ¿Por qué?

Al fin sonó el timbre. Me puse en pie de un salto, corrí hacia la puerta y salí disparado hacia mi taquilla. Flamy me llamó desde el otro extremo del pasillo, pero fingí no verle.

Saqué la cámara del escondite y cerré la taquilla de un portazo. Me metí la cámara debajo del brazo para que no le pasara nada.

Vi a Sumo Uno y a Sumo Dos al otro lado del pasillo. La habían tomado con un chico de otra clase, al que empujaban contra las taquillas, agarrándolo de la camisa y dejándolo caer, como si fuera un yoyó. Al parecer ésa es su afición preferida, jugar al yoyó con los chicos del colegio.

¿A que no adivináis quién tiene el honor de ser una de sus víctimas favoritas? Exactamente. Yo.

Me di media vuelta y me alejé de aquel lugar a toda prisa. Hoy no me apetecía que se metieran conmigo, y tampoco quería que Brian y Donny descubrieran que llevaba la cámara.

Tuve que dar un largo rodeo para llegar hasta la clase del señor Saur. Corrí todo el camino con la cámara bien agarrada y practicando lo que le diría.

Un grupo de chicos estaba charlando ante la puerta de la clase, obstaculizando la entrada.

—¡Paso! —dije mientras trataba de abrirme camino. Quería hablar con el señor Saur antes de que comenzara la clase.

Logré entrar en el aula y la fuerte luz de la mañana que entraba por la ventana me hizo parpadear. Entonces corrí casi sin aliento hacia la mesa del señor Saur.

De repente, a medio camino, me paré en seco. El corazón me dio un vuelco y ahogué un grito.

14

—¿Qué quieres? —me preguntó la mujer joven que estaba sentada tras la mesa del señor Saur—. ¿Te encuentras bien?

La miré con la boca abierta de par en par. No le contesté; me limité a coger la máquina bien fuerte entre las manos, como si tuviera miedo de que se me fuera a caer.

—Dónde… ¿dónde está el señor Saur? —dije con gran esfuerzo.

—No se siente bien. Yo soy la señorita Rose y hoy lo voy a sustituir —contestó mientras me estudiaba con la mirada.

—Él-él no está en el instituto, entonces… —le dije medio tartamudeando con una vocecita ahogada.

Asintió con la cabeza.

—Hoy os voy a dar la clase yo. ¿Puedo hacer algo por ti?

—No —murmuré con desazón al tiempo que contemplaba la cámara—. No, usted no puede ayudarme.

Con el señor Saur en clase los niños se portaban bien, pero hoy no paraban de reír y gritar. Alguien me tiró una bola de papel que me rebotó en el hombro y luego fue a parar a la mesa de la señorita Rose. Acto seguido, se oyeron unas risotadas que llegaban de la última fila.

Nos encanta hacerles la vida imposible a los sustitutos, y que falte un profesor es lo mejor que nos puede pasar. Pero yo no estaba para tonterías porque me sentía muy confuso por lo ocurrido.

Me dirigía ya hacia mi silla cuando me di la vuelta hacia la señorita Rose.

—¿Puedo ir a guardar esto a mi taquilla? —pregunté

sosteniendo en alto la cámara fotográfica—. Es sólo un momento; las taquillas están aquí al lado —dije apuntando con el dedo hacia el pasillo.

Entonces sonó el último timbre, lo que hizo que la señorita se llevara las manos a los oídos, porque el timbre estaba en el techo, justo encima de su cabeza.

—Está bien —contestó cuando el sonido estridente del timbre se interrumpió—, pero date prisa, que hoy vamos a comenzar el tema del subjuntivo y supongo que no querrás perderte el principio, ¿no?

«¡Uf, subjuntivo! ¡Qué emoción y qué delicia!», exclamé para mis adentros.

Le di las gracias por darme permiso y me dirigí a toda prisa hacia la puerta.

En el largo pasillo no había ni un alma; todo el mundo estaba en clase.

Las zapatillas de deporte que calzaba iban chirriando conforme avanzaba. Yo trataba de discurrir a toda velocidad cómo solucionaría lo del señor Saur y en la cámara: decidí que la iba a dejar en la taquilla hasta que tuviéramos otra vez clase con el señor Saur.

Tenía presente la promesa que le hice a Jon de quedarme la máquina sólo un día más, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

El pasillo giraba hacia un lado y de repente aparecieron ante mí Brian y Donny.

—Hey —gruñó Brian.

—¡Hey! —saludó Donny.

Los dos dicen mucho «hey»; me parece que es su palabra favorita.

—Vais a llegar tarde —dije con un tono de indiferencia al cruzarme con ellos e intentar pasar de largo.

Pero fue en vano porque enseguida me cerraron el paso con sus corpachones grandes y altos.

—El Dinosaurio no ha venido —dijo Donny con una sonrisa estúpida—. Parece ser que está enfermo de no sé qué, y nos han puesto una sustituía.

—Vaya novedad —dije por lo bajo.

—Así que no nos vengas con prisas —dijo Brian—. ¿Qué prisa

hay si tenemos a la sustituía?

Intenté colarme entre los dos, pero fueron más rápidos que yo: se pegaron el uno junto al otro y lo único que conseguí fue salir rebotado hacia atrás.

—Como no nos conoce, vamos a gastarle una broma —dijo Brian con una sonrisa tonta—. Yo le voy a decir que soy Donny y él va a decir que es Brian.

—¡Qué gracioso! —comenté en tono paciente—. Muy original. Bueno, ¿me dejáis pasar?

—Ni hablar —dijo Donny, hinchando su pecho robusto e inclinándose hacia delante con gesto amenazador.

—Si quieres pasar hay que pagar un peaje —exigió Brian, que extendió su manaza para que le soltara algo de dinero.

—¿Cuánto es el peaje? —dije con un suspiro de resignación.

—¿Cuánto tienes? —inquirió con brusquedad Brian. Entonces los dos se pusieron a reír y se entrechocaron las manos en alto. Se creen muy ocurrentes.

—Tengo que ir a mi taquilla —insistí.

De nuevo intenté abrirme paso entre los dos, pero lo único que conseguí fue que Brian cogiera la cámara.

—¡Oye! —exclamé. Logré agarrarla firmemente con ambas manos.

Pero Brian la estiró hacia arriba, por encima de su cabeza, con lo que me quedé sin cámara.

—¡Mira, Donny! Greg ha traído su cámara de fotos mágica al colé —comentó Brian con sorna.

—¡Oooh, qué miedo! —repuso el otro en tono sarcástico al tiempo que fingía temblar de terror.

—¡Pero es una cámara maléfica! —continuó Brian sosteniendo la cámara en alto y esquivando mis frenéticos intentos de agarrarla—. ¡Está maldita, Donny! ¿Acaso no te acuerdas de la historia que nos contó Greg?

—¿Te refieres a la prueba en la que le suspendieron? —dijo con una sonrisa malintencionada.

Los dos se echaron a reír otra vez.

—Vamos a ver si eso que contaste es verdad —declaró Brian. Entonces se llevó la cámara a la altura de los ojos y me enfocó—.

Greg, sonríe para la foto…

—¡Por favor, no! —supliqué e hice otro intento de arrebatarle la cámara.

Pero Donny me agarró los brazos por la espalda para que no me moviera.

—¡Vamos, sácale la foto de una vez! —dijo a Brian—. ¡Vamos a hacer que caiga una maldición sobre Greg! ¡Sácale la foto!

15

—¡No, por favor! —supliqué.

Donny me apresó los brazos con sus manazas y me los sostuvo a la espalda impidiéndome cualquier movimiento.

—¡Es verdad que la cámara está maldita! —insistí con todas mis fuerzas—. ¡No tenéis ni idea lo peligrosa que es! ¡Parad!

Pero Brian no me hizo caso, evidentemente. Seguía enfocándome con el objetivo; su dedo estaba preparado para disparar en cualquier momento.

—¡Brian, por favor! —gemí.

Entonces vi cómo el dedo comenzaba a pulsar el botón.

—¿Qué ocurre, chicos? —interrumpió un vozarrón.

Brian lanzó un grito y casi dejó caer la cámara al suelo. Donny me soltó y retrocedió hasta dar con la pared.

—¡Señor Grund! —exclamé.

Era el director de la escuela. El señor Grund es joven, tiene el pelo rubio y ondulado y siempre está bronceado. No tiene mucho aspecto de director de escuela, más bien parece un surfista y, claro, todas las chicas del colegio están chifladas por él.

Por una vez, me alegré de que hubiera aparecido por allí.

—Chicos, ¿dónde deberíais estar en estos momentos? —preguntó dirigiendo la vista al reloj que colgaba de la pared.

—Vamos a la clase del señor Saur —respondió Donny, rojo como un tomate.

—Es que estábamos ayudando a Greg con la cámara —añadió Brian mientras me la devolvía.

—Esta máquina de fotos parece bastante antigua. Cuídala bien, Greg; seguro que tiene mucho valor.

—Eso es lo que intentaba. Ahora mismo la guardo con llave en la taquilla.

Por fin pude abrirme paso entre Sumo Uno y Sumo Dos, y avancé por el pasillo a toda prisa. Al llegar a la taquilla oí la voz del director.

—A clase, chicos. Y no se os ocurra poneros pesados con la sustituía. ¿Me habéis entendido?

—Sí, claro —prometió Brian.

—Claro que sí —asintió Donny.

Me encontré con Shari a la salida del colegio y nos fuimos juntos a casa.

—¿Qué me cuentas? —pregunté.

—He sacado un sobresaliente en el examen de mates —anunció.

—No es ninguna novedad. Siempre sacas sobresaliente en matemáticas —recordé.

—Bueno, quizá me guste alardear un poco de vez en cuando.

Me sentía un poco raro; estaba cansado y algo débil, también. Cuando faltaba una media manzana para llegar a casa, tuve que quitarme de los hombros la mochila porque me molestaba.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué te pones ahora a juguetear con la mochila? —preguntó Shari al ver que ajustaba los tirantes de la mochila.

—Creo que me han estado tocando la mochila porque ahora me aprieta un poco y antes no.

—¿Por qué alguien iba a desajustarte los tirantes? —preguntó. Entonces hizo con el chicle que tenía en la boca un globo tan grande como su cabeza.

Se lo reventé con un dedo.

—¡Puaj! —gritó con toda la cara llena de chicle—. ¿Has visto eso, Greg? Ha sido el globo más grande de toda mi vida —declaró impresionada—. Me hubiera gustado sacarle una foto.

—No hables de fotos —gruñí—. No quiero oír las palabras «foto» ni «cámara» —comenté. A la hora de comer ya le había contado que

el señor Saur estaba enfermo.

—¿Dónde tienes la cámara? —preguntó mientras intentaba desprenderse el chicle del pelo.

—Cerrada bajo llave en mi casillero —le contesté.

Me di la vuelta y vi a Michael y a Flamy que corrían hacia nosotros para alcanzarnos.

—¿Le has dicho a Michael y a Flamy que ahora tengo la cámara? —pregunté a Shari.

—No —negó con la cabeza—. No les gustaría nada saberlo. Después de todas las cosas horribles que nos ocurrieron con la cámara el verano pasado, no creo que quieran ni oír hablar de la dichosa máquina, y la verdad es que yo tampoco —añadió mirándome vivamente.

—¡Hola, qué tal! —exclamó Flamy, y me dio en la espalda una palmada tan fuerte que casi tropiezo con el bordillo.

—¿Tenéis algún plan para esta tarde? —preguntó Michael entre las risas que le provocaba mi incidente.

—No, no habíamos pensado en nada —le dije mientras retocaba la mochila porque aún me molestaba.

—Vamos a por las bicis —dijo Michael entusiasmado—. Hoy hace un día precioso para ir a dar una vuelta.

—Estoy de acuerdo —asentí mientras pensaba que cualquier cosa sería buena para distraer mis pensamientos del señor Saur y de aquella cámara estúpida.

—Venid a buscarme —sugirió Shari—. Es que primero tengo que pedirle permiso a mi madre.

Michael y Flamy se fueron corriendo a sus respectivas casas. Shari y yo cruzamos la calle y cada uno se dirigió a su casa, que están una al lado de la otra.

Mamá y papá estaban en el trabajo y Terry aún no había llegado del instituto. Al entrar, lo primero que hice fue dejar caer la mochila en el suelo del recibidor; luego saqué de la nevera un cartón de zumo, le puse una pajita y me lo bebí en dos largos sorbos.

Todavía me encontraba débil, como si me flaquearan las fuerzas. Pensé que me iría muy bien un buen paseo en bici para recuperar las energías.

Los téjanos que llevaba puestos me molestaban porque me apretaban un poco. Fui corriendo a la habitación y me puse unos pantalones muy anchos que tengo. Mamá y papá siempre bromean cuando me ven con esos pantalones: dicen que ahí dentro caben dos como yo.

Lo cierto es que a mí me gustan, los encuentro súper y además son cómodos de verdad. No los suelo llevar para ir en bicicleta porque son demasiado anchos y muy largos también, y me da miedo que el dobladillo se enrede con la cadena de la bici.

Salí de casa enseguida y me encontré a Shari, Michael y Flamy que me esperaban montados en la bicicleta.

—Venga, Greg —dijo Flamy—, date prisa, que se está comenzando a nublar.

Abrí la puerta del garaje y fui a buscar la bici caminando con cuidado para esquivar las manchas negras de aceite que había en el suelo de cemento. Cogí la bici, que estaba apoyada contra la pared, y la llevé caminando hasta la calle.

Me monté a la bici con mi número de circo especial, es decir, de la manera más divertida que conozco: me apoyo en el manillar y me impulso hacia arriba como si volara y luego me dejo caer encima del sillín.

Impulsé las piernas hacia arriba, las hice balancear en el aire y después caí como plomo en el sillín.

Pero se me reventaron las ruedas: primero se oyó la explosión y luego el zumbido del aire saliendo de la rueda deshinchada y aplastada contra el suelo.

—¿Qué ocurre? —grité.

16

—¡Vaya! —exclamó Shari.

Michael y Flamy se echaron a reír.

—Bonitas ruedas —me dijo Michael con sorna.

—A ver si haces un poco de régimen —terció Flamy.

—¿Régimen? —objeté con nerviosismo.

Sabía que lo que había dicho Flamy iba en broma, pero lo cierto es que al oír aquello un escalofrío me recorrió la espalda.

Me vino a la mente la foto. La foto horrible que me saqué con aquel artefacto maligno. Entonces me vi como en la imagen, con un cuerpo hinchado y enorme. Como un globo repleto de agua que ha perdido su forma.

Sentí que la cara me ardía y supe que me estaba poniendo rojo.

Mis amigos no paraban de mirarme. Me bajé de la bicicleta.

—Supongo que habré saltado con demasiada fuerza —murmuré.

—Quizá lo que necesitas es un triciclo —espetó Michael.

Nadie se rió. Los chistes de Michael nunca vienen a cuento.

Me puse en cuclillas para examinar los neumáticos. Pasé la mano por la rueda y encontré dos agujeros, o más bien dos reventones. Y eso que las ruedas eran nuevas.

Arrastré la bici hasta el garaje.

—Cogeré la bici vieja de Terry —comenté.

La verdad es que prefiero la bici de mi hermano a la mía porque la suya tiene doce marchas, en cambio la mía sólo tiene diez.

Últimamente, desde que se sacó el permiso de conducir, casi nunca va en bicicleta. Con todo, sé que no le gusta que la utilice.

—Mejor que no te sientes en la bici —comentó Flamy—; yo que tú la llevaría caminando —continuó con sorna.

Él y Michael se echaron a reír e hicieron chocar las manos.

—Ja, ja, chicos. Me parecéis tan graciosos como la rueda desinflada.

—No, somos más graciosos que dos ruedas desinfladas —repuso Michael chistosamente.

—Quizá lo tuyo sean las bicicletas de montaña, que son más fuertes —dijo Flamy.

—Sí, fuertes como el puñetazo que estás a punto de recibir —dije con tono amenazador.

—¡Lo único que te pido es que no te sientes encima de mí! —dijo mientras alzaba los brazos ante él como para evitar que yo le cayera encima—. Bueno, ¿vamos a dar una vuelta o no? —preguntó con impaciencia y acto seguido miró hacia el cielo, que se iba tapando por momentos—. Si no nos damos prisa nos va a pillar la lluvia.

Me monté en la bici de mi hermano y luego los seguí por el camino que llevaba desde mi casa a la calle. Pedaleamos sin rumbo fijo por el pueblo. Llegamos a un parque alargado que hay a pocas manzanas del colegio, cruzamos el césped y echamos una carrera.

Flamy tiene la mejor bici y es el más patilargo, así que siempre nos gana a todos.

Al cabo de aproximadamente una hora comenzó a lloviznar, por lo que decidimos volver a casa. Yo me alegré porque me sentía las piernas pesadísimas y tenía agujetas.

Durante el camino de vuelta bajo la lluvia pillé a Shari mirándome, como si fuera un bicho raro.

Aunque tenía la frente empapada de sudor, de repente sentí frío por todo el cuerpo. ¿Por qué me miraba de aquel modo? ¿Por qué?

A la mañana siguiente me desperté con una sola idea en la cabeza: el profesor Saur.

Por fin había llegado el día en que le iba a enseñar la cámara, pensé mientras me desperezaba. También había llegado al fin el día en que me iban a cambiar la nota.

Me levanté de la cama, todavía bostezando; me restregaba los ojos cuando vi que durante la noche había tirado la almohada al suelo.

Cuando me agaché para recogerla, sentí la parte superior del pijama muy estrecha, y de pronto oí saltar los botones y caer desparramados por el suelo.

—¿Qué pasa? —dije boquiabierto.

Al cabo de un momento escuché un riiiiip largo, que no era otra cosa que el ruido de la tela al rasgarse por el tiro del pantalón.

—¡Oh, noooo! —gemí con rabia.

Como el botón del cuello también me apretaba, traté de desabrocharlo y entonces oí otro riiip, esta vez de las mangas del pijama.

Me incorporé y, con el corazón desbocado, me dirigí hacia el espejo que había al otro lado de la habitación.

Temblaba como un flan a medida que me iba aproximando al espejo. Allí estaba mi imagen reflejada.

Cerré los ojos, no me atrevía a mirar.

Pero no había más remedio; tenía que enfrentarme a la realidad, tenía que saber qué pasaba.

Entonces, muy lentamente abrí un ojo y luego el otro. Respiré muy hondo y contemplé mi imagen.

¿Se habría hecho realidad la imagen de la foto? ¿Tendría aspecto de pesar doscientos kilos?

17

Me apoyé en un costado del espejo y me observé un rato. No, no tenía aspecto de pesar doscientos kilos.

Lo cierto era que no había cambiado mucho, aunque quizás estaba un poco regordete: tenía las mejillas más llenas, y los hombros un poco más redondeados.

Di un paso hacia atrás para verme de cuerpo entero y entonces mamá entró en la habitación.

—Greg, ¿se puede saber qué estás haciendo? ¡Vas a llegar tarde al colegio!

—Mamá, durante la noche he crecido: mira, se me ha rasgado el pijama. —Me volví bruscamente hacia mi madre.

—Pues no parece que esta noche hayas pegado un estirón —dijo escrutando el pijama roto que llevaba puesto—: este pijama siempre te ha quedado un poco pequeño.

—¿Ah, sí? —dije mientras daba media vuelta para mirarme otra vez al espejo.

Quizá manía tenía razón. Seguramente no me convertiría en una bola de grasa. Probablemente todo aquello era producto de mi imaginación.

—¿Cómo me ves? —inquirí.

—Yo te veo bien —contestó encogiéndose de hombros.

—Quiero decir si me ves un poco más gordo.

—Bueno, ahora que lo dices… —dijo sin terminar la frase.

—¿Qué? —pregunté con impaciencia.

—Nada; que es mejor que comiences a tomar tu desayuno de

cereales con leche descremada.

—Qué tal, Greg… ¿engordando un poco?

Así fue como me recibió el Dinosaurio cuando me acerqué a su mesa antes de que diera comienzo la clase.

Su mirada me produjo el efecto de una puñalada, pero intenté pasarlo por alto.

—Señor Saur, tengo que mostrarle algo.

Bajó los ojos hacia la cámara y la miró con desconfianza.

—¿Acaso quieres sacarme una foto? Ya tenéis mi foto en el libro del curso.

—No —le repuse—. Ésta es la cámara, señor Saur. La cámara de que le…

—No, ahora no es el momento —dijo interrumpiéndome con un ademán. Se levantó de la silla.

—¡Pero, señor Saur! —protesté.

Miró hacia la puerta por encima de mi hombro. Me volví y vi al señor Grund apostado en el dintel; el señor Saur se encaminó hacia él con cierta prisa.

Hablaron hasta que sonó el timbre. Después el Dinosaurio se situó delante de la clase para comenzar la lección.

—Siento no haber podido venir ayer —anunció—, aunque tengo entendido que lo pasasteis en grande con el subjuntivo.

Yo estaba todavía de pie, junto a su mesa, con la cámara entre las manos, así que cuando se dio media vuelta para escribir en la pizarra se percató de mi presencia.

—Greg, siéntate, por favor —dijo—, hoy tenemos mucho que hacer.

—Pero, señor Saur… —protesté mientras le enseñaba la cámara otra vez.

—Siéntate —dijo en tono autoritario.

Con un suspiro de resignación, me encaminé de mala gana hacia mi pupitre en el fondo de la clase.

«¿Qué puedo hacer para demostrarle que la historia que conté es cierta si ni siquiera me da una oportunidad de hablarle?», pensé con amargura.

—Hoy vamos a seguir con los ejercicios orales; recordad que debéis contar algo que os haya ocurrido de verdad —dijo el señor

Saur para toda la clase, y posó la mirada en una chica que se sentaba en primera fila—. Marci, hoy te toca a ti. ¿De qué piensas hablarnos?

—Bueno, voy a hablar sobre mi gato Waffles y de las travesuras que hace por toda la casa —dijo Marci Ryder una vez se hubo levantado de la silla.

Dejé escapar un gruñido y pensé: «Qué aburrimiento.» Otros niños también habían puesto cara de asco.

Para mi sorpresa, el señor Saur sonrió. ¡Primera vez en mi vida que lo veía sonreír! Bueno, más que sonreír lo que hacía era casi ronronear de lo contento que estaba.

—Me gustan mucho los gatos —dijo a Marci—, en casa tengo seis.

«¡Qué asco, seis gatos!», pensé.

Me sentí incapaz de esperar ahí sentado hasta que acabara aquel dichoso cuento sobre el dichoso gato. Así que levanté la mano enérgicamente e hice señas con gran énfasis.

—¡Señor Saur, señor Saur!

—Y ahora ¿qué quieres, Greg? —dijo molesto.

—Eh… antes de que comience Marci —titubeé—, quiero mostrarle la cámara. Ya sabe, la cámara de mi historia. Usted me dijo que si la traía a clase y demostraba que estaba maldita, me cambiaría la nota.

—Ahora es el turno de Marci —me repuso con frialdad y con cara de pocos amigos mientras se tocaba la barbilla—; estoy convencido de que todos ansiamos saber cosas de Waffles.

—¡Pero señor Saur, usted me lo había prometido! —exclamé quejoso.

Algunos niños se rieron por lo bajo. Había hablado en un tono tan agudo que me pareció que sólo los perros podrían oírme.

—Greg, no pienso cambiar de idea —insistió el señor Saur.

—¡Pero si se lo puedo demostrar aquí mismo! —supliqué—, puedo demostrar que esta cámara de fotos está embrujada.

Oí cómo las risitas de mis compañeros iban en aumento.

—¡Greg está embrujado! —chilló Donny.

La clase entera se echó a reír.

—¡Greg es malo! —gritó otro niño.

Todos se echaron a reír otra vez.

—¡Silencio, niños! —ordenó el Dinosaurio al tiempo que daba golpes en la pizarra, con su vara de madera—. Está bien, Greg —dijo haciéndome señas para que me levantara y fuera hasta él—, tienes un minuto; no quiero concederte más tiempo que a los demás. Un minuto es más que suficiente para que fanfarronees con tu cámara.

«¡Un minuto! Tampoco necesito más», pensé.

Me palpé el bolsillo de la camisa para comprobar si la foto de Jon seguía allí. Estaba convencido de que el Dinosaurio, cuando viera la foto y escuchara la historia de lo que le pasó a Jon aquella noche, me creería.

—Vamos, Greg, date prisa y ven aquí —ordenó.

—Ya voy —dije mientras intentaba zafarme de la silla y ponerme de pie.

Lo intenté nuevamente.

Y otra vez.

Las sillas de la clase son de esas que tienen una mesita fija incorporada, y no lograba ponerme de pie: la mesa me aprisionaba la barriga.

18

«¿Qué me está pasando?», me pregunté con alarma, mientras sentía una punzada de pánico en el estómago.

Hacía menos de una hora que estaba sentado: me había instalado ante el pupitre sin dificultad, y ahora estaba como clavado a él. Pensé que habría engordado muchísimos kilos.

—Greg, te esperamos —apremió el señor Saur, con los ojos entrecerrados, mientras con la vara daba golpecitos impacientes en la pizarra.

Al cuarto intento por fin me levanté de la silla. Caminé con paso vacilante hasta situarme enfrente de la clase, mientras sostenía la cámara con cuidado.

—Ésta es la cámara —dije al señor Saur—. Como dije en el relato, mis amigos y yo la encontramos en una casa abandonada. La cámara está embrujada y…

Me arrebató la máquina de las manos y la examinó con detenimiento. Se la acercó a la cara. Miró por el visor.

—¡No! —chillé—. ¡No apriete el disparador!

Bajó la cámara.

—¿Si no saco una fotografía cómo voy a saber que la cámara está embrujada?

Traté de atrapar la instantánea que llevaba en el bolsillo de mi camisa.

—He traído una foto —le contesté—, para demostrar que digo la verdad.

Tenía los dedos tan gordos que no lograba meterlos en el

bolsillo. Mis manos me parecían bolas blandas de grasa y no podía cerrarlas.

Por poco me arranco el bolsillo al intentar sacar la foto de Jon, pero al fin lo conseguí y se la mostré al señor Saur.

—¡Aquí está, mírela!

Cogió la foto y la estudió con atención.

—Este chico se llama Jon —proseguí—; la foto es de anteayer por la noche. El se encontraba perfectamente, pero en la foto salió con un clavo que le atravesaba el pie. Dos minutos después, aquello se hizo realidad. Jon se atravesó el pie con un clavo y su padre tuvo que llevarlo enseguida al hospital.

El Dinosaurio se echó a reír. Otra primera vez: nunca antes le habíamos visto reír en clase.

—Pues no hace gracia —insistí—, el pobre Jon sufría muchísimo…

—Ya conozco esos clavos de mentira —comentó el señor Saur, con los ojos fijos en la foto.

—¿Qué? —pregunté sin comprender.

Me devolvió la fotografía.

—De joven tenía una flecha falsa, de esas que te pones en la cabeza para fingir que te la han atravesado, así que me hago una idea de cómo has hecho que ese chico tenga el pie atravesado por un clavo.

—¡No! ¡Es de verdad! —grité—. ¡Mire la cara de sufrimiento de Jon, mírele la cara!

—Tu amigo es un buen actor —contestó el señor Saur.

—¡No! —exclamé—. ¡No es amigo mío! ¡Ni siquiera le conozco! ¡Tiene que creerme! ¡Por favor!

—Se ha acabado el minuto que tenías —dijo el señor Saur, después de mirar el reloj del aula.

—¡Pero usted prometió…! —grité.

—Greg, vuelve a tu asiento —me ordenó—. No creas que vas a engañarme con una cámara vieja y una foto trucada.

—¡Perdiste! —exclamó Donny.

—Tú sí que estás embrujado, Greg —me espetó Brian con impertinencia.

Todo el mundo rió. Las mejillas me ardían. Debía de estar rojo

como un tomate. Creí que iba a estallar. Estaba avergonzado, dolido y enfadado, todo al mismo tiempo.

—Te aprobaría por tu esfuerzo, pero te pondré una S de Suspenso, o mejor una S de Subterfugio.

Todo el mundo rió otra vez.

No pude soportarlo más tiempo. Proferí un grito de rabia y corrí hacia la puerta.

O mejor dicho, traté de correr; pero pesaba demasiado para moverme con rapidez, así que sólo pude desplazarme torpemente.

—Greg, ¿puede saberse adónde vas? —dijo el señor Saur detrás de mí.

Fingí que no le oía y me encaminé pesadamente hacia la puerta. Llevaba la cámara bajo el fofo brazo y con la otra mano así el pomo de la puerta.

Salí tambaleándome al pasillo, que a aquella hora estaba solitario y silencioso.

Oía que el señor Saur me llamaba desde el aula, y que los chicos reían y hablaban con gran excitación.

Cerré la puerta con un portazo y eché a caminar. No tenía ni idea de adonde ir. Estaba muy enfadado. Tenía ganas de gritar, llorar y dar puñetazos en las paredes.

Al doblar un recodo del pasillo vi a Shari que avanzaba en mi dirección.

—¡Greg! —me llamó sorprendida al verme—. ¿Qué pasa?

Llevaba una falda negra corta y medias azules. Corrió hacia mí, pero se detuvo en seco con un grito al darse cuenta de que la falda se le había caído.

19

—Pero ¿qué sucede? —exclamó Shari.

Los dos miramos la falda desparramada en el suelo, alrededor de sus tobillos.

Dejó caer los libros que llevaba y se agachó para subirse la falda.

Normalmente ante una situación así me hubiera echado a reír, pero parecía tan contrariada que simplemente me quedé ahí sin decir nada.

—E-estoy perdiendo peso —balbuceó, mientras levantaba la falda y trataba de sujetársela a la cintura—. Me he pesado esta mañana. He perdido unos cuatro kilos.

«¡Dios mío! —pensé con preocupación—. ¿Por qué pierde peso?»

Traté de animarla:

—Bueno, cuatro kilos no es tanto.

Mis palabras de consuelo eran poco convincentes, pero no se me ocurría nada más.

—Greg, me he despertado pesando cuarenta y cinco kilos, ahora estoy en cuarenta. La falda se me escurre por las caderas. ¡La ropa me queda enorme!

—Igual, si te atiborras con una buena comida… —empecé a decir.

—¡Tus comentarios no me ayudan en nada! —me cortó.

—¡Mírame! —le grité, alzando los brazos para que me viera bien el estómago—. ¡He engordado unos cien kilos en un día! ¡Hace un momento no podía levantarme de la silla!

Posó la mirada en mí. Estaba tan angustiada por verse así de

flaca que ni se había fijado en mi aspecto. Entornó los ojos y se echó a reír.

—¡Es verdad, qué espanto! ¡Tienes una pinta extrañísima!

—Muchísimas gracias —dije con un suspiro.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó—. ¿Por qué nos pasa esto?

Me disponía a contestar algo cuando oí unos pasos que se aproximaban desde el otro extremo del vestíbulo.

Shari también los oyó.

—Vámonos —me apremió—, ayúdame a recoger los libros.

Me incliné para ayudarla y entonces el tiro de mis pantalones se rasgó con un sonoro rrraaaaccccc.

Después de las clases, Flamy, Michael y algunos otros se pusieron a jugar a béisbol en el campo de detrás del colegio. A mí no me apetecía jugar, porque no quería que se dieran cuenta de que me estaba poniendo como una bola.

Sin embargo, me arrastraron al terreno de juego: querían que hiciera de primer base.

Pensé que a lo mejor no se darían cuenta de mi cambio de aspecto. Crucé los dedos y rogué para que así sucediera. Tal vez nadie notara que estaba algo más llenito… desde esa mañana.

Tenía la camisa enganchada a mi voluminoso estómago, me quedaba tan apretada que apenas podía mover los brazos. Los téjanos amenazaban con estallar.

«Ojalá no se den cuenta —pensé mientras caminaba como podía hacia mi base—. Ojalá no se den cuenta.»

—¡Eh, Greg! —me llamó Flamy desde el puesto de bateador—, ¿no te has excedido un poco últimamente con la comida?

Todo el mundo estalló en una gran risotada. Algunos se retorcían en el suelo, riendo como hienas. Michael me señaló:

—¡Es Sumo Tres!, mirad, ¡es Sumo Tres!

—¡Es Sumo Tres y Cuatro juntos! —añadió alguien.

Las risas y aullidos se hicieron más altos.

—Dadme un respiro con vuestras bromitas, por favor —murmuré bastante enfadado.

—Eso, ¡dadle un respiro para comer algo! —chilló Michael jocoso.

No le veía la gracia, aunque todo el mundo rió.

Todos se aproximaron a mí. Movían la cabeza con preocupación.

—Qué raro —se extrañó Flamy—. ¿Cómo has podido engordar ochenta kilos desde ayer?

No quería hablar de ello.

—Bueno, ¿jugamos o no? —pregunté.

Me moría de ganas de explicar a Flamy y a Michael por qué estaba hinchado como un globo. Les quería decir que tenía la cámara embrujada; que Shari me había sacado una foto con ella; que en la foto pesaba unos ciento sesenta kilos, y que aquello se estaba volviendo realidad.

Sin embargo, no me atrevía a decírselo. Me habían advertido que no fuera a casa de los Coffman. Me habían suplicado que no me llevara la cámara. Si ahora les decía la verdad, pensarían que era un imbécil.

Así que me callé y traté de concentrarme en el juego. Lo hice bastante bien hasta que llegó la tercera carrera. Bateé la pelota, que pasó por encima de la cabeza del que estaba en la segunda base y yo corrí hacia la primera.

Cuando llegué, me faltaba el aliento, pero la pelota aún estaba en juego.

—¡Corre! —gritaban mis compañeros de equipo—. ¡A la segunda!

De modo que entre resoplidos moví mis pesadas piernas y corrí con dificultad hacia la base.

—¡Más rápido!, ¡más rápido! —gritaba todo el mundo.

Al fin me tiré en el círculo. A salvo.

Pero a continuación no pude levantarme. «Deben de pensar que parezco un enorme flan», me dije.

Tendido allí de espaldas, me revolví de un lado a otro. Traté de incorporarme. Acabé por pedir ayuda a mis amigos.

Cuando llegué a casa estaba exhausto. Gotas de sudor me caían por la frente y me resbalaban por las mejillas y la barbilla.

La ropa me quedaba tan ajustada que estaba a punto de estallar. Los téjanos se me descosían. La camisa me apretaba los michelines.

¡Incluso me notaba los pies aprisionados por las zapatillas de deporte!

«¡Es horrible! ¡Tengo que ponerme algo cómodo!», pensé.

Me acordé de mis enormes pantalones anchos, los que unos días atrás me había puesto para ir en bicicleta.

Arrastré mi cuerpo gordinflón hasta el armario, abrí la puerta con un gruñido y saqué los pantalones.

Me dispuse a ponérmelos, impaciente por estar más cómodo.

No entraban fácilmente. Tiré con más fuerza y lancé una exclamación de horror.

¡Mis enormes pantalones anchos me quedaban estrechísimos!

20

Ese día aumenté casi ciento veinte kilos de peso. Por la noche prácticamente no podía moverme.

—Es una reacción alérgica —aventuró mamá.

—¿Qué es eso? —dije con una mirada de extrañeza.

—Habrás comido algo que te ha producido una alergia —contestó.

»Nadie se hincha como una pelota de la noche a la mañana así como así.

Papá me miraba con los ojos entornados. Procuraba parecer calmado, pero me daba cuenta de que en realidad estaba muy preocupado.

—¿Comes muchas golosinas después de clase? —me preguntó.

Mamá negó con la cabeza.

—¡Aunque comiera chucherías a montones no se pondría así de gordo! —exclamó.

—Tendríamos que llevarlo a un especialista en alergias —murmuró papá mientras se frotaba la barbilla.

—Mejor que lo llevemos al doctor Weiss —terció mamá—. Él nos dirá a qué clase de especialista hemos de llevarlo.

Se pusieron a discutir acerca del médico más adecuado para mi caso.

Salí de la habitación casi a rastras. Sólo mover las piernas me requería un esfuerzo enorme. La papada me caía por encima del cuello. Mi enorme barriga se balanceaba al salir de la habitación.

Sabía que ningún médico podría ayudarme. Sabía que no tenía

alergia, ni me estaba convirtiendo en un globo por comer demasiadas chucherías. Todo era a causa de la foto sacada con la cámara embrujada. En ella aparecía grande como una montaña: la foto simplemente se había hecho realidad.

Ningún médico me haría adelgazar. No había dieta que funcionara.

Más tarde supliqué a mamá y a papá que me dejaran quedar en casa.

—Por favor, no me hagáis ir a clase mañana así. Toda la clase se desternillaría de risa. Me da mucha vergüenza.

—No debes perder clases —me insistió papá—. ¿Qué pasa si tardas semanas en volver a estar normal? —dijo.

—Los niños no se reirán de ti —añadió mamá—. Tus amigos comprenderán que estás enfermo.

Rogué, gemí e incluso me puse de rodillas, pero no creáis que cedieron.

—No te avergüences —me dijo papá a la mañana siguiente al despedirme en la puerta de casa mientras yo salía trabajosamente para ir al colegio.

¡¿Que no me avergüence?!

Llevaba uno de los amplios pantalones de deporte de papá, pero me quedaba estrechísimo. El mero hecho de caminar por la calle ya me hacía sonrojar.

Sabía que la gente de los coches que pasaban a mi lado me observaba y se reía de la enorme bola de grasa que caminaba por la acera.

Me hubiera gustado no ir a pie a la escuela, pero no cabía en el Honda Civic de mis padres.

Los niños me miraron cuando atravesé penosamente la puerta de entrada del instituto. Sin embargo, no se reían. Nadie hacia chistes a mi costa. De hecho, nadie me dirigió la palabra.

Creo que tenían miedo de que me cayera encima de ellos.

Parecía un globo de los que desfilan en las marchas del día de Acción de Gracias.

La mañana transcurría bastante bien. No hablaba con nadie y trataba de ocultarme en los rincones, aunque en mi situación no era fácil ocultarse.

De todos modos, la gente me dejaba en paz. Hasta que llegó la hora de clase con el señor Saur, que se mostró tan mordaz como siempre. Me hizo sonrojar delante de toda la clase.

—Greg, creo que no vas a caber en una silla —me dijo mientras hacía girar su vara entre las manos—, mejor quédate de pie junto a la ventana.

Yo me desplacé sin decir palabra al otro extremo de la clase.

Toda la clase estaba en silencio, los demás no se rieron. Se daban cuenta de que me sucedía algo malo de verdad.

Pero el Dinosaurio quería hacerme pasar un mal rato.

—Greg, mejor no te pongas junto a la ventana —dijo—, me temo que no vas a dejar pasar la luz. —Sonrió.

Nadie se rió tampoco esa vez. Creo que los otros me compadecían. Ni siquiera Donny y Brian hicieron chistes a mí costa.

—Greg, quiero que vayas a ver a la enfermera —me ordenó el señor Saur—. Quiero que ella te explique en qué consisten los cuatro grupos de alimentos, porque me parece que te has atiborrado de los cuatro.

Se suponía que aquello era una broma cruel, pero nadie rió.

Logré que mi cuerpazo se volviera hacia él y lo miré. ¿Hablaba en serio? ¿Me enviaba con la enfermera?

—Ya me has oído, ve —dijo, y señaló la puerta.

Me giré y me arrastré con dificultad hacia la puerta. Esperaba que Donny sacara la pierna y me pusiera la zancadilla como siempre.

Sin embargo, se limitó a mirar al frente, tan silencioso e inmóvil como el resto de la clase.

Se lo agradecí. Si me hubiera hecho caer no me habría podido levantar.

Caminé con dificultad por el vestíbulo, lleno de rabia contra el Dinosaurio.

¿Por qué había tenido que reírse de mí delante de toda la clase? ¿Por qué era tan cruel?

No encontraba respuesta, y además estaba demasiado enfadado para pensar con serenidad. Lo único que sabía es que acabaría por darle su merecido. Haría que lo pasara mal. Le avergonzaría delante de todo el mundo.

Todos esos negros pensamientos me acompañaron hasta la enfermería, aunque desaparecieron al instante cuando vi a la chica que se arrellanaba en una de las sillas de la sala de espera. Me paré frente a la puerta, boquiabierto.

¡Shari!

Había tardado unos segundos en reconocerla.

Los téjanos y la camiseta le flotaban alrededor del cuerpo, como si fueran diez tallas demasiado grandes. Tenía los brazos flacos como palillos. Su cara estaba pálida y arrugada, y la cabeza parecía habérsele encogido; ofrecía el aspecto de un limón diminuto encima de un cuerpo delgado como un fideo.

—Greg —susurró débilmente—. ¿Eres tú bajo este cuerpo enorme?

—¡Shari! —exclamé—. ¿Cuánto peso has perdido?

—No lo sé —tartamudeó—, mírame: me encojo por momentos. Estoy cada vez más delgada. He tardado muchísimo en llegar al colegio esta mañana porque el viento en contra no me dejaba avanzar.

—¿Estás enferma? —pregunté con preocupación.

Me miró con expresión de enfado.

—Ni tú ni yo estamos enfermos. Yo estoy desapareciendo, y tú te hincharás hasta explotar, y es por las fotos que sacamos.

Suspiré al tiempo que me apretaba la barriga para poder pasar por la puerta.

—¿Qué vamos a hacer? —dije con voz hueca—. Es verdad, estamos aquí por las fotos, pero ¿qué vamos a hacer?

21

Papá fue a recogerme al colegio. Como yo no cabía en el coche, había alquilado una furgoneta.

Después de mucho empujarme, logró hacerme subir. Mi cuerpo ocupaba todo el asiento de atrás.

El cinturón de seguridad no alcanzaba a sujetarme, así que renuncié a ponérmelo.

—Seguro que el doctor Weiss te curará enseguida.

Trataba de consolarme, pero se le notaba muy preocupado y contrariado.

Condujo despacio hasta la consulta del doctor Weiss. No podía ir deprisa porque llevaba demasiado peso, el mío.

El doctor Weiss es un simpático anciano de brillantes ojos azules y abundante pelo blanco. Habla a todos los niños como si tuvieran dos años. Aún me da una piruleta después de cada visita, aunque ya tengo doce años.

Sin embargo, pensé que aquel día no iba a darme ninguna piruleta.

Contempló con conmiseración cómo me encaramaba a la báscula, pero no pudimos saber mi peso, porque la báscula no alcanzaba para tantos kilos.

También tuvo problemas para auscultarme. No lograba deslizar el estetoscopio entre los pliegues de grasa de mi pecho.

Me hizo todo tipo de pruebas con expresión tensa y pensativa.

—Mandaremos las muestras de sangre al laboratorio —me dijo —. Tendremos los resultados dentro de unos días.

Sacudió la cabeza y frunció el ceño. Sus ojos parecieron perder color.

—Nunca he visto algo así —dijo con un hilo de voz—. Estoy verdaderamente perplejo.

Yo no lo estaba. Yo sabía qué me estaba sucediendo.

Al llegar a casa, me arrastré a mi habitación y cogí el teléfono. Necesité mucha fuerza para levantar mi enorme y fláccido brazo y sostener el receptor a la altura de la hinchada cara.

No conseguí marcar el número de teléfono de Shari hasta el tercer intento, porque tenía los dedos tan gordos que oprimía dos números a la vez.

Contestó a la tercera llamada una vocecita débil que me fue difícil entender al principio.

—Voy para tu casa, y llevaré la cámara —anuncié yo.

—No hace falta que grites —dijo, luego añadió—: Date prisa, Greg, he perdido dos kilos y medio más. Si sigo así acabaré desapareciendo.

—Voy para allá —le dije—. Ya verás cómo se nos ocurre algo para curarnos.

Colgué y saqué con cuidado la cámara de mis calzoncillos, donde la tenía escondida.

Tuve que encorvarme por encima de mi barriga para llegar a ellos. Jadeaba, me costaba mucho respirar.

«Si engordo más, explotaré», pensé tristemente, con la cámara en las manos. Bajé como pude las escaleras.

—Voy a casa de Shari —les dije a mis padres.

Estaban comentando lo que les había dicho el doctor Weiss.

—Está lloviendo —dijo mamá—, llévate el paraguas.

—¡Pero si voy a la casa de al lado!

Además creía que un paraguas no me cubriría. Me asomé a la puerta. Sólo lloviznaba un poco, no había para tanto.

Puse la cámara debajo de los pliegues de grasa de mi brazo, estiré el pomo de la puerta y salí, pero me paré en seco cuando vi al chico del pelo oscuro que se aproximaba por la calle.

Jon!

«Oh, no», pensé. Sabía por qué venía: quería que le devolviera la cámara.

Pero no podía devolvérsela. La necesitaba para que Shari y yo pudiéramos curarnos.

Le vi avanzar lentamente, con la cabeza gacha a causa de la lluvia.

«¿Qué voy a hacer?», me pregunté.

«No puedo dejar que se lleve la cámara. No puedo.» Decidí escabullirme.

Me volví: traté de mover la masa carnosa de mi cuerpo otra vez hacia el interior de la casa.

Demasiado tarde. Jon me había visto.

22

Me hizo señas con la mano y echó a correr en dirección a mi casa.

Yo tenía la cámara en las manos. La dejé con disimulo en el suelo del porche y me situé delante de ella; sabía que mi enorme cuerpo no le permitiría verla.

Pero ¿qué le diría a Jon? ¿Cómo le convencería de que me dejara quedármela un día más?

—¡Eh! —me llamó.

—¡Eh! —contesté, con la voz apagada por mis infladas mejillas.

—Busco a un chico que vive por aquí —dijo Jon, mientras subía las escaleras del porche—. Se llama Greg, es rubio y tiene la misma edad que yo. ¿Lo conoces? Tiene una cámara que es mía.

Le miré fijamente. Abrí la boca. Noté que la papada chocaba con la masa de carne de mi pecho.

—¿Cómo dices que se llama? —dije con voz sofocada.

—Greg —repitió Jon—. No sé su apellido. ¿Vive por aquí?

«No me reconoce —pensé—. Estoy tan obeso que no sabe quién soy.»

—Ah… sí, me parece que sé a quién te refieres —le contesté—, hay un chico que se llama Greg que vive por ahí. —Señalé hacia un extremo de la calle.

—¿Sabes en qué casa? —preguntó, volviéndose hacia donde yo había apuntado.

—A unas cinco manzanas de aquí —mentí—. Una casa enorme de ladrillos rojos. No tiene pérdida. Es la única casa de ladrillos de

la manzana.

—Vale, gracias —contestó Jon.

Se puso a llover con más intensidad. Jon se volvió y se fue corriendo por la calzada.

«Y pensar que me tenías delante», reflexioné.

No me gustó mentir a Jon, pero tuve que hacerlo. No pensaba devolverle la cámara, era demasiado peligrosa. Le vi desaparecer tras el seto. Bajé mi carnosa mano, cogí la cámara y atravesé el jardín hacia la casa de Shari.

Ella me saludó desde la puerta de su casa.

Noté su expresión alarmada cuando vio lo mucho que yo había engordado.

Yo también la miré con preocupación. No pude reprimir una exclamación de sorpresa. Empezaba a parecer una figurita de porcelana.

Mientras Shari caminaba delante de mí hacia su habitación, la veía tropezar continuamente con las vueltas de los téjanos, que le colgaban alrededor de los pies. Se había hecho un nudo en el cinturón, para evitar que los pantalones se le cayeran.

—Si encojo un poco más, tendré que llevar ropa de muñeca —se lamentó.

—¿Tus padres te han llevado al médico? —le pregunté, mientras arrastraba los pies detrás de ella.

—Claro —repuso con voz débil y apagada—, me dijo que tomara cinco batidos de leche al día.

—Ojalá mi médico hubiera dicho eso —suspiré yo.

Me senté con cuidado en la cama, porque no quería destrozarla con mi peso; sin embargo, al sentarme percibí un crujir de madera. El mueble se hundió con estrépito.

—No pasa nada —dijo Shari débilmente—. Tampoco tengo fuerzas para subirme a la cama.

—Como engorde más —me quejé— no podré salir de tu casa. No pasaré por la puerta.

Se cruzó de brazos. Sus dedos, de tan delgados, parecían las garras de un pájaro. El pelo negro que le caía alrededor de su cabecita y su cuerpo delgadísimo la hacían parecerse más a una fregona que a una persona.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo con voz pesarosa.

Toqué la cámara con mi fofa mano.

—La he traído —dije—. He pensado que tal vez…

—¿Qué vamos a conseguir con esta maldita cámara? —gritó Shari—. ¡Ojalá no la hubiera visto nunca!

—Tengo una idea —le dije, mientras espantaba una mosca que se había posado en mis inmensas mejillas.

Se cruzó de brazos, de forma que su cuerpecito quedó casi rodeado.

—¿Por qué no nos sacamos más fotos? —le propuse—. A lo mejor en las fotos volvemos a salir normales. Tal vez otras fotos nos transformen en como éramos antes.

Me miró fijamente. Vi que pensaba, concentrada, en lo que le había dicho.

—Es un poco arriesgado, ¿no? —dijo por fin.

—¿Tienes una idea mejor? —le pregunté.

Volvió a pensar. Entonces miró al suelo, donde estaba la cámara.

—Muy bien —contestó—, probémoslo.

23

Traté de levantarme, pero las piernas casi no aguantaban mi enorme peso.

Rápidamente, sin darme tiempo a moverme, Shari corrió hacia mí y me arrebató la cámara de las rodillas.

—¡Oh! —exclamó de inmediato, al ver que la cámara casi se le caía—. Pesa muchísimo.

—Te lo parece porque estás delgadísima —contesté. Otra vez traté de incorporarme de la cama, pero tampoco lo logré.

—Estate quieto —dijo Shari en tono imperativo—, saquemos primero tu foto.

—De acuerdo —asentí—, espero que en esta foto salga hecho un fideo.

Probé de cruzar los dedos, pero los tenía demasiado hinchados.

—Sonríe para la foto —dijo Shari, apuntándome con la cámara.

—No te hagas la graciosa —la reprendí—, limítate a sacar la foto.

Miró por el objetivo. Levantó un dedo encima del disparador. Sin embargo, bajó la cámara con un suspiro.

—No… es demasiado peligroso —murmuró.

—Shari, [sácame la foto! —insistí—. ¿No ves cómo estamos? ¡Ya no podemos estar peor!, ¿no crees?

Asintió. Con un suspiro, se puso otra vez la cámara a la altura de los ojos.

Era tan pesada para sus flacos brazos que tuvo que sostenerla con ambas manos.

—Ahí va —dijo con voz débil—, espero que vuelvas a salir normal, Greg.

Apretó el disparador. El flash me cegó. El cuadrado blanco de la fotografía salió de inmediato de la parte anterior de la cámara. Lo llevó a la cama y se sentó a mi lado.

—Veamos —grité, mientras cogía el papel con impaciencia.

—Con cuidado —advirtió Shari—. Como te caigas encima de mí, vas a aplastarme.

Asentí. Tenía razón, sentarse a mi lado podía resultar peligrosísimo.

—Mejor que te quedes de pie —sugerí.

Se levantó pero se tambaleó porque aún no se había acostumbrado a pesar tan poco.

—Empieza a revelarse —anunció.

Alzó la foto frente a mí, de forma que ambos pudiéramos verla. El papel adquirió una tonalidad amarilla. Lo escruté con atención, tratando de identificar mi cara en el papel. ¿Saldría gordo? ¿Estaría otra vez normal?

Los colores aún eran muy pálidos. No distinguía mi cara en absoluto.

Tanto Shari como yo estábamos ahí paralizados mientras contemplábamos el cuadrado de papel. No movíamos ni un músculo, ni siquiera parpadeábamos. Sólo mirábamos aparecer los colores. De pronto, me vi en la foto.

Ahí estaba mi horrible carota hinchada, mi cuerpo inflado como un globo. Todo yo aún estaba gigantesco, gordísimo.

—¡¡¡Nooooo!!! —dejé escapar un largo grito de consternación—. ¡¡¡Quiero volver a ser normal!!!

Shari movía la cabeza con tristeza, todavía con la vista fija en la foto que se oscurecía más y más.

—¿Qué tienes en la cara? —soltó—. ¡Qué asco!

—¡Oh, no! —gemí—, tengo la cara llena de escamas. Parezco un cocodrilo o algo así.

Shari volvió a coger la foto y la miró con atención.

—También tienes escamas en los brazos. Parecen escamas de reptil.

No bien oí su comentario, los brazos comenzaron a picarme.

Me los miré y vi que los tenía cubiertos de escamas rojas. Me rasqué, pero sólo conseguí que la piel me picara todavía más. Entre las uñas me quedaron trozos de piel.

—¡Vaya faena! —me quejé—. ¡Pica muchísimo!

Me rasqué los brazos y la cara. Me caían grumitos de piel, o mejor dicho, pedazos enteros de piel. Shari retrocedió un paso. Dejó caer la foto a la alfombra.

—¡Estás horrible! —exclamó—. ¡Aún sales gordísimo y además la piel se te agrieta!

—¡Ooohhh! ¡La espalda también me pica muchísimo! —me quejé—, pero no llego a rascarme con el brazo.

—Pues yo no te voy a rascar —declaró Shari—, me da demasiado asco.

Estiré un pedazo de escama roja del dorso de mi mano.

—¿Por qué no te saco una fotografía a ti? Igual tienes más suerte —dije.

—¡Ni se te ocurra! —chilló. Retrocedió unos pasos más, con una mueca de asco y tragó saliva—. No más fotos; sólo empeoran las cosas. Lo siento, Greg, pero tienes un aspecto horrible. Creo que voy a vomitar.

Traté de rascarme la nuca, pero tenía los brazos demasiado gordos y no podía doblarlos tanto.

Me froté la frente. Un pedazo bastante grande de piel se desprendió y cayó a la alfombra.

—¡Rompamos las fotos! —propuso Shari.

—¿Qué? —La miré sin comprender.

Se inclinó para recoger la foto en la que yo salía lleno de escamas.

—¡Rompámoslas todas! —insistió—. ¡Apuesto a que en cuanto las hayamos hecho pedazos volveremos a ser normales!

Me rascaba con frenesí, y cuando oí sus palabras paré en seco.

—¿De verdad lo crees? ¿Crees que con eso lo solucionaremos?

—A lo mejor sí —repuso Shari—, vale la pena probar, ¿no crees?

Saqué del bolsillo las dos primeras fotos que habíamos tomado, el negativo de la de Shari y el positivo de la foto en que yo salía tan gordo.

—Yo romperé estas dos —le dije—. Tú rasga ésa, a ver qué pasa.

Sostuvimos las fotos en alto. Empecé a romper la mía, pero paré en seco.

—¿Y si al romperlas desaparecemos? —le pregunté con angustia.

Nos miramos, con nuestras manos alzadas, dispuestos a hacer pedazos las fotos.

¿Era la mejor solución?

24

—¡No! —gritó Shari—. ¡No lo hagamos!

Bajamos los brazos.

—Tienes razón —contesté. Me temblaba todo el cuerpo—. Es demasiado peligroso.

—Si rompemos las fotos tal vez también nosotros estallemos en pedazos. O desaparezcamos para siempre —añadió Shari.

Me encogí de hombros.

—No hablemos de lo que tal vez nos pase —protesté—. Míranos: ¿qué puede ser peor?

—Muchas cosas pueden ser peores —dijo Shari con un suspiro —, hemos de pensar en algo para curarnos, debemos ser positivos.

La miré.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que debemos ser positivos.

—Shari, ¡acabas de darme una idea buenísima! —exclamé.

Llevamos las fotos a Kramer, la tienda de fotografía donde trabaja mi hermano. Llegar no fue tarea fácil. Tuve que pararme a recuperar aliento cada cuatro pasos. Tampoco paraba de rascarme la piel cubierta de escamas, que se me caía a pedazos.

Además tuve que sujetar a Shari todo el rato para evitar que se la llevara un golpe de viento.

La tienda estaba a ocho manzanas, pero tardamos más de una hora en llegar. Una vez en la tienda, me dio un vuelco el corazón. No veía a Terry.

—Está en el laboratorio de revelado —me comunicó el señor

Kramer, que nos miraba fijamente. Supongo que teníamos un aspecto extraño. Un palo al lado de un elefante.

Conduje a Shari al laboratorio, en la trastienda, y llamé a la puerta. No puede entrarse sin llamar, porque la luz puede echar a perder la película.

Esperamos unos cinco minutos, al cabo de los cuales Therry salió. No me reconoció al principio. Supongo que no se acordaba de que había engordado ciento sesenta kilos en un par de días.

—¿Qué te ha pasado en la piel? —preguntó con cara de asco—. ¿Una erupción rara o algo por el estilo?

—No lo sé —le repliqué con voz sombría—. ¿Puedes hacerme un favor, Therry?

Se encogió de hombros.

—¿Qué clase de favor?

Le mostré las dos fotografías. El negativo de la de Shari y la mía ya revelada, en la que pesaba una tonelada.

—¿Nos las puedes invertir? —pregunté.

Observó ambas fotos con los ojos entornados durante bastante rato.

—No te entiendo —dijo por fin.

Exhalé un suspiro de impaciencia:

—¿Puedes pasar el negativo a positivo y el positivo a negativo?

Shari ahogó un gritito. Comprendía cuál era mi plan.

Si lográbamos invertir las fotografías, igual conseguiríamos devolver nuestros cuerpos a su estado anterior. Terry pasaría el negativo de la foto de Shari a positivo, y así ella engordaría hasta su tamaño natural, mientras que si hacía un negativo de mi foto, yo encogería como había hecho Shari.

Parecía posible. ¿Merecía la pena probar? Al menos, yo así lo creía.

Terry tomó las fotografías y las estudió con atención. Se rascó la cabeza.

—Supongo que podré hacerlo —dijo—, pero ahora estoy muy ocupado. ¿Para cuándo lo necesitáis?

—¡Para ahora mismo! —chillamos Shari y yo al unísono.

Terry nos miró y volvió a fijar la vista en las dos fotos.

Me rasqué la nuca, aunque mis brazos estaban tan gordos que

casi no podía levantarlos. En unas horas pesaría demasiado para caminar. Me tendrían que llevar en una carretilla, o mejor dicho, en dos carretillas.

—Por favor —rogué.

—De verdad que no tengo tiempo —repuso.

—¡Te daré mi semanada de los próximos dos meses! —le prometí.

—De acuerdo. Un trato es un trato. Supongo que puedo haceros un hueco —replicó Terry—. Esperad aquí fuera.

Entró en el laboratorio. Le esperamos largo rato de pie. Fue la media hora más larga de mi vida. Además, el señor Kramer no paraba de mirarnos desde el mostrador. Shari y yo tratamos de aparentar que no lo notábamos.

Me moría de ganas de sentarme, porque soportar todo el peso de mi grasa me agobiaba bastante, pero temía romper el asiento y no poder levantarme después.

Shari y yo aguardamos de pie a la puerta del laboratorio mientras pensábamos en nuestro plan.

¿Funcionaría? ¿Invertir las fotografías nos invertiría a nosotros?

Por fin la puerta se abrió y apareció Terry.

—Aquí tenéis —gruñó. Alargó la mano con las dos copias y se dirigió a mí—: No olvides lo de la semanada.

—No lo olvidaré —le aseguré—. Gracias, Terry.

Examiné las nuevas copias. Una en positivo de Shari, en la que sonreía a la cámara. Un negativo de la mía, en la que pesaba ciento sesenta kilos.

—Ahora largaos —dijo Terry bruscamente, mientras miraba de reojo el mostrador—. De prisa, antes de que hagáis que me echen.

Tomé a Shari de la mano y la conduje hacia la salida de la tienda. Pobrecita Shari. Estaba tan ligera como una pluma. Tenía un aspecto aún más flaco y pálido que al entrar en la tienda. Su mano parecía un manojo de huesecillos. Salimos y nos paramos en la primera esquina. Le mostré las fotos, para que ambos pudiéramos verlas.

—¿Funciona? —le pregunté—. ¿Te notas alguna diferencia?

—Aún no —contestó débilmente.

—Yo tampoco —dije con tristeza.

Miramos fijamente las nuevas copias con la esperanza de que pasara algo.

Estuvimos de pie en aquella esquina casi media hora.

Esperábamos algún cambio. Anhelábamos que nuestros cuerpos volvieran a ser los de antes. Sin embargo, nada ocurrió. No cambiamos en absoluto.

—Estamos perdidos —murmuré—. Perdidos.

Un trocito de piel se desprendió de mi frente y cayó en la acera.

A la mañana siguiente me levanté temprano, antes de que sonara el despertador. Me estiré, bostecé y di la vuelta, dispuesto a sacar de la cama mi enorme masa corporal.

—¡Venga! —exclamé, mientras ponía los músculos en tensión, preparándolos para el esfuerzo.

¡Pero con el impulso volé al otro extremo de la habitación!

—¡Ay! —gemí, al chocar contra la pared, caer al suelo y rebotar hacia arriba otra vez.

—¿Qué está pasando? —dije en voz alta, una vez en el suelo.

Me incorporé para mirarme al espejo. Contemplé la imagen de mi cara de siempre, de mi cuerpo de siempre. Ya no había carne fofa, ni mejillas infladas ni panza descomunal.

¡Era yo! ¡Volvía a ser normal! Me palpé los brazos, me froté la cara, me tiré del pelo. No cabía en mí de gozo por verme igual que siempre.

Salté sobre la cama y boté una y otra vez, mientras levantaba los brazos, gritaba de alegría y me daba palmadas en el pecho.

—¡Ha funcionado, ha funcionado! ¡Invertir la foto me ha transformado! ¡¡¡¡Biiiieeeennnn!!! —gritaba, loco de felicidad.

Mamá y papá entraron de sopetón en la habitación, aún en albornoz, con cara de estupor.

—Greg ¿qué sucede? —dijeron, atónitos, con los ojos abiertos de par en par.

Mamá exhaló un grito de sorpresa. Papá se limitaba a mirarme en silencio, con cara de pasmo.

—Tú… Vuelves a ser tú otra vez —logró articular por fin mamá.

—Tú-tú-tú… —Papá trataba de decir algo, pero sin conseguirlo. Sólo acertaba a señalarme y tartamudear.

De pronto, corrieron hacia mí, me tomaron en volandas y me

abrazaron con fuerza.

—Sabía que era algo que comiste —dijo mamá con una sonrisa —, algo que debía de estar en mal estado.

—No, fue una reacción alérgica —corrigió papá, que ya había recuperado el habla—. Recuperarte era cuestión de días.

—Nunca dudamos que te pondrías bien —concluyó mamá.

—Claro, yo tampoco —repuse. ¡Vaya mentira!

—Te has portado como un valiente todo este tiempo, Greg —me felicitó mamá, mientras se secaba una lágrima con el revés de la mano—. Has sido buenísimo.

—Sí —contesté—, es que siempre trato de ser «positivo».

Engullí el desayuno, me dirigí con rapidez a la puerta y corrí a casa de Shari. Al acercarme a la puerta de atrás de su casa, ella salió: gritaba y me hacía señas de triunfo.

—¡Ha funcionado! ¡Ha funcionado! —chillaba contentísima.

Corrió en dirección a mí, mientras su pelo negro flotaba tras ella. Se reía y lanzaba vítores.

Volvíamos a ser normales. ¡Normales! Entre gritos de alegría, los dos bailamos en el jardín de su casa una frenética danza india de «Vuelta a la normalidad».

Cuando paramos para tomar aliento, Shari se volvió hacia mí.

—Tenemos que apresurarnos, o llegaremos tarde al colegio — dijo—. Me muero de ganas de que todo el mundo vea que vuelvo a ser la de siempre.

—¡Yo también! —exclamé—. Pero espera un momento, tengo que ir a buscar algo en mi habitación. Vuelvo enseguida.

Me volví y corrí por el césped, en dirección a mi casa.

—¿Qué vas a buscar? —preguntó Shari, que corría detrás de mí.

—¡La cámara! —exclamé, mientras miraba hacia atrás.

Me alcanzó y me sujetó por los hombros, para obligarme a detenerme.

—¿Has dicho la cámara? ¿Para qué quieres la cámara?

Entorné los ojos; mi expresión se hizo sombría y dije con un susurro:

—Para vengarme.

25

—¡Greg, no lo hagas! —suplicó Shari.

Fingí que no la oía. Tenía muy claro lo que ansiaba hacer. Lo que debía hacer.

Entré en casa. Subí de dos en dos los peldaños de las escaleras que llevan al piso superior, donde está mi habitación. Entré en ella, saqué la cámara de donde la había escondido y salí enseguida.

Shari me esperaba en la acera.

—¡Greg, esto es una locura! —insistió—. ¿Qué te propones?

Una sonrisa maligna apareció en mi rostro.

—Voy a sacar una foto del señor Saur —contesté.

—¡No! —exclamó con voz entrecortada—. No lo hagas.

—¿Que no? —repliqué, aún con una sonrisa en los labios.

—Pe-pero… —farfulló.

Eché a caminar hacia el colegio a grandes zancadas. Sujetaba la cámara con ambas manos, con fuerza.

—¡Greg, sucederá algo terrible! —protestó Shari.

—Ya lo sé —dije, aún sonriente—. El viejo Dinosaurio se lo merece.

—Escucha, Greg… —Otra vez trató de detenerme, pero yo corrí aún más deprisa, para dejarla atrás.

—Se lo merece —repetí—. No quiso creerse mi relato. Me llamó mentiroso delante de toda la clase. Y me suspendió. Era una historia muy buena, y me puso un suspenso.

—Sí, pero Greg… —empezó.

Sin embargo, no estaba dispuesto a escucharla. Me deleitaba la

idea de mi venganza, y mi excitación iba en aumento al acercarme al colegio.

—Quiere fastidiarme todo el verano —proseguí—. Y no tiene ninguna, ninguna razón. Además, cuando me puse tan gordo, el Dinosaurio fue muy cruel conmigo. Se rió de mí delante de toda la clase. Me avergonzó. Me hizo pasar muchísima vergüenza.

—Greg…

—Quería herirme —añadí. El colegio ya se veía entre los árboles —. Pagará por haberme hecho todo eso.

—¿Qué vas a hacerle? —preguntó con preocupación.

Me paré en la esquina, ya junto al colegio.

—Me desafió a que le demostrara que la cámara estaba embrujada. Pues bien, se lo demostraré… y además me vengaré.

Entré con sigilo en el aula justo cuando sonaba el timbre del inicio de las clases. Los otros chicos estaban ya ante sus pupitres, y empezaban a guardar silencio. El señor Saur estaba de espaldas, escribiendo algo en la pizarra. Me situé detrás de él y esperé a que se volviera.

El corazón me latía con fuerza y me temblaban las manos. Tomé aliento. Había llegado el momento, la gran oportunidad que esperaba.

—¿Señor Saur? —dije con suavidad.

Se volvió con un sobresalto, como si le hubiera gritado.

—¡Hombre, Greg! —profirió con ironía—, ¡tienes muy buen aspecto!

Hice ver que no oía su comentario. Me aproximé la cámara a la cara.

«La hora de la venganza», pensé.

—He traído la cámara —le comuniqué, con voz alta y clara—. ¿Se acuerda? La cámara de la que les hablé. Me dijo que le demostrara que estaba embrujada. Aquí se la traigo.

Encuadré con el objetivo su cara de enfado. Alcé un dedo sobre el disparador, pero con un gesto rápido, me arrebató la cámara de las manos.

—¡Ah, sí! —dijo con sorna—, la cámara embrujada. No la desperdicies conmigo. Saquemos mejor una foto de toda la clase.

—¡No! —grité.

Alzó la mano:

—Donny y Brian, acercaos —ordenó empujándome delante de él—. Tú también sales en la foto, Greg.

—¡No! —supliqué—. ¡Señor Saur, no!

—Sonreíd todos —dijo, dirigiéndose a toda la clase.

Refulgió el flash.

El papel blanco salió por la ranura de la cámara.

—Bueno —me dijo el señor Saur con una sonrisa—, creo que todos los alumnos saldréis en la foto. ¿Qué se supone que sucederá?

Tragué saliva.

—Pues… ya lo veremos —repliqué—, ya lo veremos.

Fin